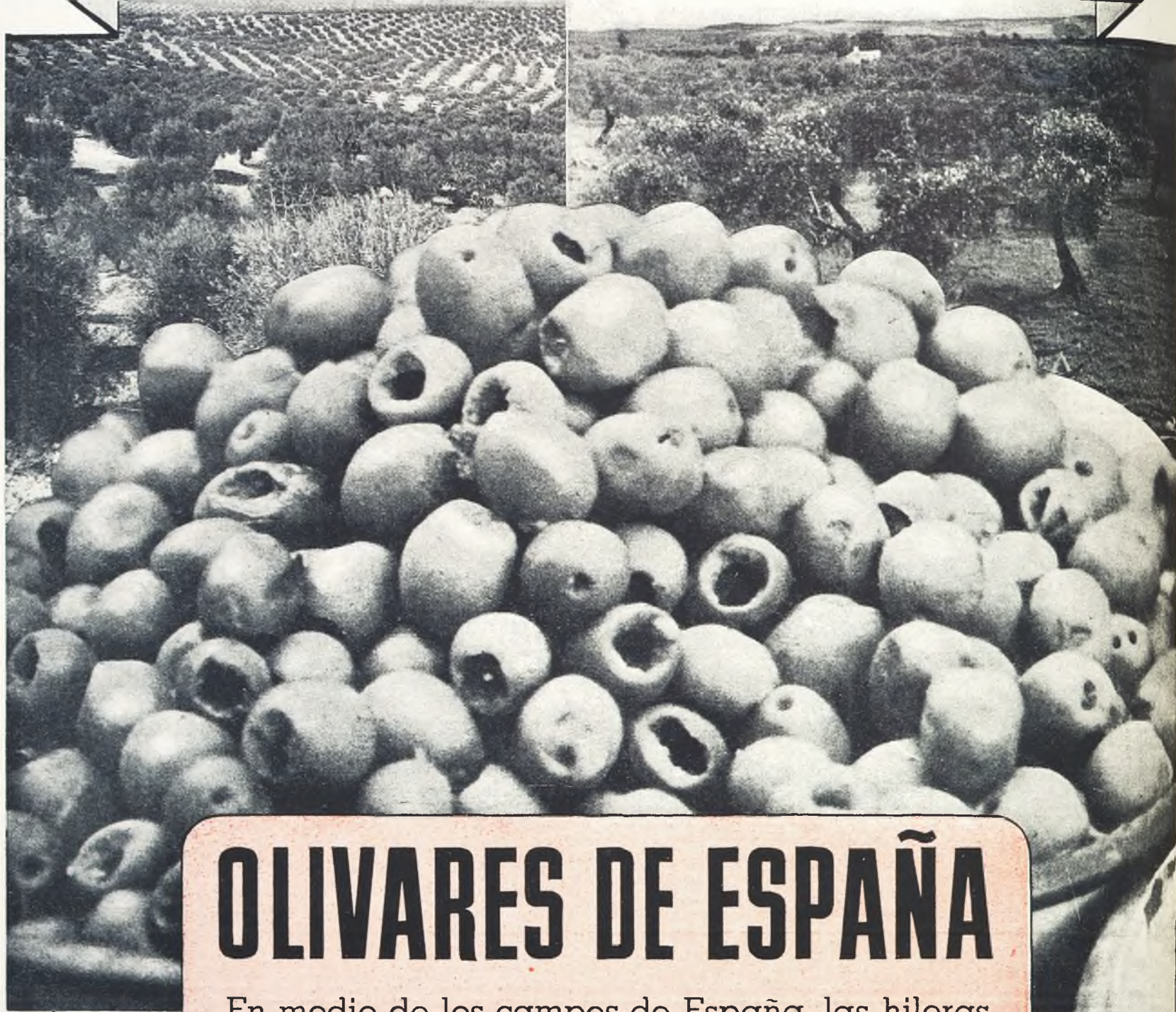




Entrada a la ciudad de Burgos

VÉRTICE

EUROPA PUEDE VIVIR POR SI MISMA



OLIVARES DE ESPAÑA

En medio de los campos de España, las hileras de olivares con sus hojas de plata, son como formaciones en el ejército de la producción. En la economía europea son un factor importantísimo los aceites españoles.

A. 420

DW



CEREBROS Y BRAZOS EUROPEOS PRESERVAN A EUROPA DEL BOLCHEVISMO



■ **L**abystoria breue del
muy excelēte cauallero
el conde fernã gōçales
Sacada del libro viejo que esta en el
monesterio de san Pedro de Arlan
za. Que es la bystoria verdadera . y
la del conde Garcifernandez su hijo
Con la muerte de los siete infantes
de Lara. **I 5 4 6.**

Burgos.





Año sexto

1943

Núm. 67

Sumario

POESIA Y POLITICA.	José María Alfaro,	CASTILLA EN EL CINE.	Luis Gómez Mesa.
PAISAJE DE CASTILLA.	«Azorín».	GRABADO DE SEGOVIA.	De la Colección Meléndez.
ESTAMPAS BURGALÉASAS.	Gómez Tello,	CANCION DE CASTILLA.	Regino Sáinz de la Maza.
GRANDEZA POLITICA Y GUERRERA DE		GRABADOS.	
FERNAN GONZALEZ.	Fray Justo Pérez de Urbel,	EL SIGLO DE HIERRO.	Ciriaco Pérez Bustamente.
GRABADO DE PANCORBO.	De la Colección Meléndez.	DIBUJOS ORIGINALES DE DURERO	
CASTILLA.	Pedro Murlane Michelena.	EN LA ALBERTINA DE VIENA.	
GRABADO DE LAS HUELGAS.	Colección Meléndez.	UN «INTERMEZZO» EN LA DESAPARI-	
FOTOS CASTILLA.		CION DE LESLIE HOWARD.	Carlos Sentís.
EL HOMBRE DE CASTILLA Y SU		INTERMEZZO	
PAISAJE.	José Antonio Maravall.	CASAS ENFUNDADAS.	Mariano Rodríguez de Rivas.
MAESE CALVO Y SU RETABLO		MODAS.	
DE CASTILLA.	Blanco España.	LIBROS.	Juan Antonio de Zunzunegui
GRABADOS	De la Colección Meléndez.	ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA.	

DIRECTOR: JOSÉ MARIA ALFARO

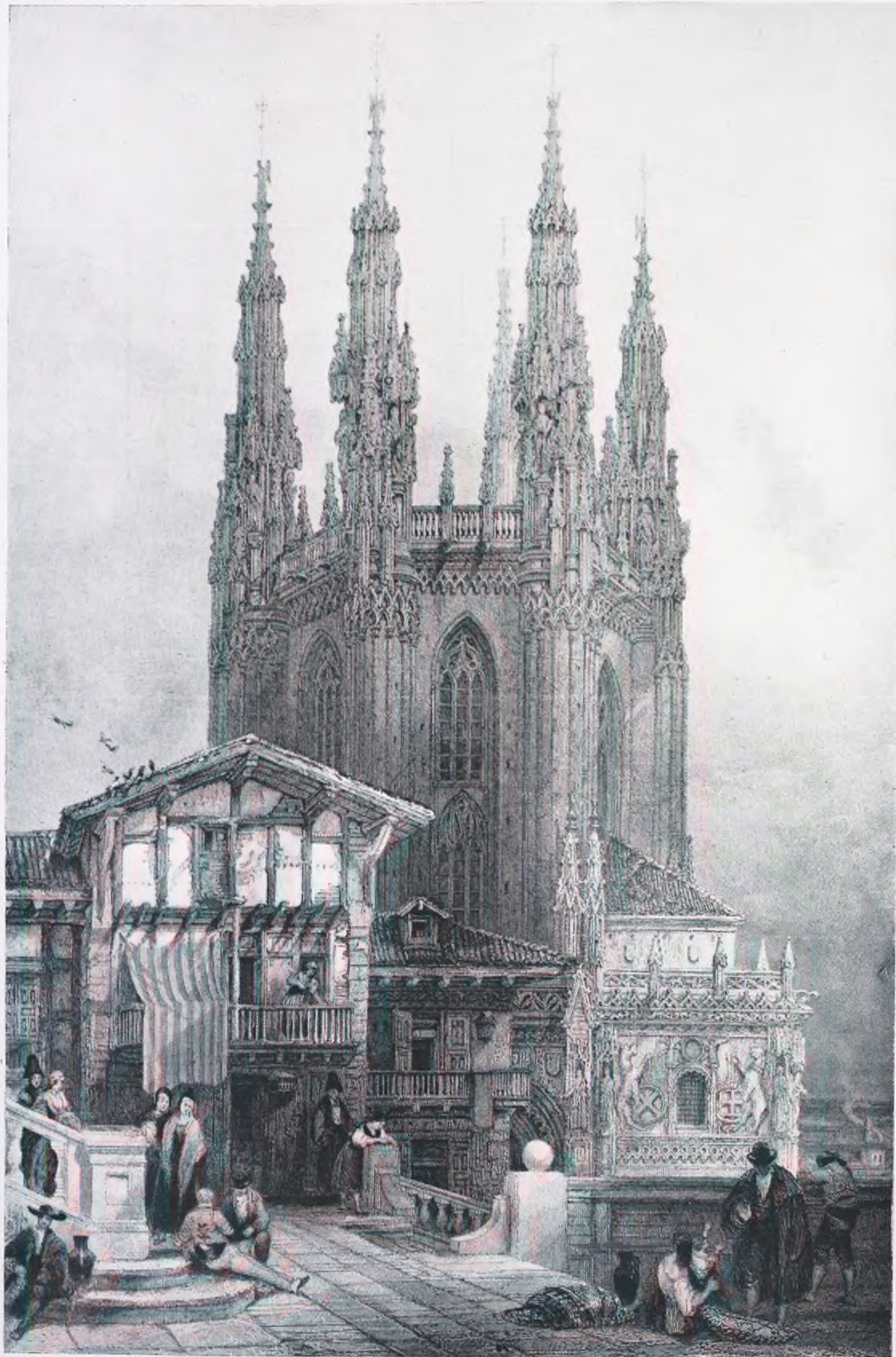
DIRECCIÓN ARTÍSTICA: A. T. C.

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: ALFONSO XII, 26. TELÉFONO 14491

ADMINISTRACIÓN: CARRETAS, 10. TELÉFONO 24730. MADRID

IMPRESO EN GRÁFICAS ESPAÑOLAS. MADRID

Precio: 8 pesetas



Torre de la Catedral de Burgos

POESIA Y POLITICA

PEQUEÑA ODA

A BURGOS, CON SUS RIOS

**De legiones tendidas hasta el Duero
arremeten las rocas, las espadas;
sin posible deriva, las aldeas,
ancladas en las márgenes del hierro,
se clavan entre rosas de corceles.
Un viento empuja todo. - Dios espera;
bajará el Norte al Sur, nieves y rocas
taladradas de lanzas y de soles**

**El fuego va camino de los ríos,
sin luna, por llanuras de cristianos.
Todo lo lleva en sí, nada le aguarda,
rígido, entre las llamas, con sus curvas,
cien pendones sembrando, mil naciendo,
¿Quién será el capitán? Nadie lo sabe;
del Arlanzón al Duero se ha perdido.**

José María Alfaro



EL PAISAJE

Preparación al paisaje

COMO hace mucho tiempo que no hemos contemplado el paisaje de Castilla, necesitamos contemplarlo. Lo que ansiamos contemplar es el paisaje puro; como quien dice, la poesía pura. Los antiguos vocabularios de arte definen así el paisaje: «Pedazo de país». Pues un pedazo de Castilla, es decir, del terrazo castellano, es lo que vamos nosotros buscando. El paisaje castellano no ha existido siempre, como no han existido los demás paisajes. No sabemos de qué modo ha surgido, ni quiénes lo han hecho surgir. Seguramente que el paisaje—en este caso el de Castilla—ha venido a las letras desde la pintura. Los pintores han ido siempre por delante de los literatos. Hemos de ir delimitando la materia; tenemos dos conceptos que circunscribir: el paisaje, por un lado, y Castilla por otro. La fisonomía del paisaje la forman diversos elementos, tales como el terreno, con todos sus matices; el cielo, con sus coloraciones y sus nubes; el aire, la luz, la vegetación, las montañas, el agua. De todos estos elementos no acertamos a dar a ninguno la pre-

eminencia. Tal vez el esencial es el terreno, o bien es la luz, o acaso el cielo. Hemos contemplado largamente los principales cuadros de un gran pintor de cielos: John Constable. El cielo, con las nubes, cúmulos o cirros, estratos o nimbos, nos atrae. Y nos atrae, más que en ningún otro sitio, en la altiplanicie castellana. Constable decía: «Se me recomienda que ponga el cielo en el fondo de mis cuadros, al modo de una blanca tela; si se da importancia exagerada, como yo doy, al cielo, malo; si se escamotea el cielo, cosa que yo no hago, peor. Procuraré, en cuanto pueda, que el cielo figure en mis cuadros como elemento armónico de la composición.» Del cielo pasamos al terreno: en Castilla la tierra es varia, más varia que en otras regiones de España. Habremos de tener en cuenta esta diversidad. No la habrá tan extensa en toda Europa. Lo prueba el hecho de existir dos o tres vocabularios para designar los accidente topográficos; el último de estos léxicos es el de Gabriel Vergara. Y lo prueba también el mismo nomenclátor geográfico, o sea los nombres mismos de los pueblos de España. El nomenclátor de Fermín Caballero es interesantísimo: muchos de esos pueblos

OS.



GRABADO DE LA COLECCION PARTICULAR DE J. M. ALFARO

N CASTILLA

Por AZORIN

toman sus nombres de la posición que ocupan con relación a montaña, río, valle, mar o bosque; la multiplicidad de cognombres en los pueblos es tan diversa, que ella misma nos dice la dificultad de constreñirnos a un pedazo de país: el pedazo de país que vamos buscando. Y en cuanto al otro concepto, el de Castilla, lo que ante todo ocurre es que la Castilla geográfica no concuerda con la literaria. No podemos encuadrar en Castilla, siéndolo, a Cantabria; ni es posible, por otra parte, que Salamanca, provincia leonesa, no sea Castilla, ni que no lo sea tampoco, por la misma razón, Valladolid.

El paisaje en sí

Hemos liado nuestros bártulos y nos hallamos en camino. No sabemos, por no saber nada en este negocio, hacia dónde nos encaminamos. Podemos torcer por una vía o podemos seguir otra. Nos encontramos en un cruce ideal. Si hemos de regresar de nuestro viaje trayéndonos el pedazo de paisaje puro, tendremos que considerar con cuidado el pueblo adonde nos

dirijamos: ¿Castilla la Nueva o Castilla la Vieja? Toledo es la capital de Castilla la Nueva, y Burgos es cabeza de Castilla, ignoramos si de las dos o de sólo la Vieja. Y cuando hayamos resuelto la dificultad, ¿cuál es el pedazo de país que elegiremos? En el cuarto de la fondita, una fondita castellana, de la Nueva o de la Vieja Castilla, cavilamos y tornamos a cavilar. El silencio es profundo y el cielo es de un azul intenso y resplandeciente. El cielo de Levante es blanquizo. El aire aquí es sutil; en Levante es blando. Y en Vasconia y Galicia, en vez de ser este cristal límpido, es un cristal empañado. Comenzamos, pues, a diferenciar. Las Castillas se encuentran a una altitud media de 600 metros sobre el nivel del mar. Castilla la Vieja está unos 60 metros más elevada que la Nueva; desde el alto del León, en Madrid, al pasar de Castilla la Nueva a la Vieja, hemos de poner el pie imaginativamente en un altísimo peldaño. Estamos perplejos en el cuartito del hotel, y pensamos que el paisaje puro que vamos a contemplar—y que nos llevaremos a Madrid—varía según la condición, la edad, el humor y la salud del contemplador. Se nos viene a las mientes una frase de

Stendhal en su autobiografía, o sea en *Henri Brulard*; dice el autor que un paisaje es para él «como el arco de un violín, que hace sonar su espíritu». Va a sonar nuestra sensibilidad con el paisaje que ya está esperándonos. Pero, ¡cuán diversos son, según sea quien tañe el sonoro instrumento! El mismo pedazo de país es distinto contemplado por un contemplador o por otro. Tantos contempladores, tantos paisajes. Y en esta incertidumbre, ¿cómo podremos asegurar la placidez o la hosquedad de un paisaje? La sucesión de los tiempos, con las nuevas sensibilidades, ¿no han hecho variar también el concepto y estimación de los paisajes? En la misma Castilla tenemos dos casos curiosísimos: el de Pancorbo y el del panorama que se atalaya desde el alto del León. Se puede ir siguiendo a los viajeros en sus relaciones y ver cómo Pancorbo ha ido pasando de lo «horroroso» a lo «grandioso». No ocultamos que la estimación a la montaña —núcleo del paisaje— es cosa moderna. En *El peregrino en su Patria*, Lope de Vega nos dice, por ejemplo, que Toledo está asentada en un monte alto, «aunque» agradable. En ese «aunque», que hoy nos hace sonreír, se encierra toda la evolución del paisaje. Los viajeros nos dicen invariablemente también, al llegar desde el Norte a la cumbre del Guadarrama, que el panorama que se descubre desde allí es una «desolación». ¡Y no hay cosa más bella en toda Europa! Bella por la gradación de matices, por la luz, por la elegante sobriedad, por el cielo, por las sombras que las nubes marcan en el terrazgo y que vemos cómo van trasladándose, en la planicie inmensa, de un lado a otro, haciendo con ello que el color de la tierra sea más o menos intenso, con mayor o menor delicadeza.

Solos en el pueblo con nuestro libro viático, tal vez, para contraste, el libro de un poeta lacustre, un fino poeta que sintió y pensó por los lagos de Cumberland, rumiamos nuestra visión del paisaje. Lo tenemos ya bien sujeto; no se nos escapará; este pedazo de país sí que es paisaje castellano puro. Nos damos cuenta de que no es ahora cuando, en presencia del paisaje, encontramos al paisaje todo su valor. Necesitamos la ausencia y el tiempo. Y dejamos correr las horas, seguros de que allá en Madrid encontraremos la totalidad de este paisaje.

El paisaje evocado

¿Y cuál es este paisaje castellano? ¿Tiene muchas complicaciones? ¿Tendremos que gastar muchos superlativos en describirlo? Sentimos, ante todo, el haber dejado escapar el paisaje—que creíamos tener bien sujeto—sin haberlo contemplado bastante. Sí, cuando estábamos frente a él no veíamos todo lo que vemos ahora. A medida que pasa el tiempo vamos viendo con más intensidad, con más amor, con mayores detalles, este

paisaje amado. Y a este pedazo de país asociamos ya la historia, toda la historia de Castilla, y la literatura, y el arte. Envuelve ya este paisaje un aura de espiritualidad que no tienen otros bellos paisajes. ¿En qué país, sin historia tan larga, podremos hallar un terruño tal impregnado de tan denso espíritu?

Hay diversas clases de álamos: el que nos place más es el llamado líbico o temblador. Las hojitas de estos álamos están siempre, aunque no haga viento, tremantes. En su descripción de unos jardines del duque de Alba, en tierras de Salamanca, Lope de Vega escribe:

*Vese luego una calle, que cubierta
Del árbol verde que Castilla estima...*

No puede ser otro que el álamo—y el álamo temblador—ese árbol que estima Castilla. El pueblo en donde hemos estado unos días se encuentra en la falda de un monte; otro monte lo enfrenta. Entre las dos eminencias se extiende un llano. Los llanos situados de este modo se llaman navas. La nava que se abre al pie del pueblo es risueña y plácida. Hemos cruzado espeso nocedal, en que los nogales nos ofrecían su sombra, no deseable, según el vulgo. Nos hemos detenido un momento, para charlar con un labrantín, al borde de unos cuadros de hortaliza. Hemos recorrido un caminejo que aquí, abandonado ya a causa de la carretera, se llama viejo. Nos place este camino que no sigue ya nadie y que se va poco a poco borrando. Liños de álamos tremulentos lo orlan a una y otra banda. Hay, naturalmente, una piedra blanca, o lancha, donde sentarnos. Sentados en ella, al borde del camino, en que crece el amargón, con sus florecitas amarillas, y elevan su penacho morado los cardos silvestres, hemos visto muchas veces aparecer la aurora y declinar el día con el crepúsculo vespertino. En los momentos últimos de la tarde, el monte cercano se teñía de una suavísima tinta rosa: esta suavidad en el carmín desleído sólo la hemos contemplado, en nuestros viajes por toda España, en la Bureba, con su capital Briviesca, en tierras de Burgos. Uno y otro día hemos vuelto a nuestra lancha: aquí hemos tratado de absorber toda Castilla, condensada en un terrazo. Sobre el rosa delicadísimo resaltaba el verde de los álamos, en un aire transparente, bajo un cielo de añil intenso. El camino—seguido por generaciones y generaciones—se alejaba sesgando. A lo lejos se atisbaba el pueblo. Y en esta hora postrera de la tarde llegaban hasta nosotros, como diluidas en la eternidad, las campanadas del Angelus. Lo olvidábamos todo para sumirnos en el tiempo insondable, en tanto que los millares de hojitas de los álamos temblaban sin cesar en lo caduco.



ESTAMPAS BURGALESAS

Por

J. L. GOMEZ TELLO

ENTRE los mil años que hoy cumple Castilla y aquel minuto de nuestra contemplación de la fisonomía de Burgos tenemos que establecer todo un cauce sentimental por donde vaya el buen amar de las imágenes de las ciudades. Cada ciudad nos deja, en efecto, como un peso en el alma, su litografía, sus luces y sus ángulos. Pero Burgos, con todo su peso de piedras monumentales, monumental ella misma, con las torres góticas de encaje trepando por el azul de seda tirante, casi no gravita en nuestra memoria al recordarla. Diríamos que todo su conjunto se ha sublimado en color, perfume y aire, como los rosetones de Juan de Colonia en la escenografía eléctrica sobre las aguas nocturnas del Espolón una noche de fiesta. Así, nos cuesta trabajo rozar esta tesis de su encanto intacto.

Burgos es esa ciudad pequeña con catedral grande bajo un cielo rayado a lo Doré, que hemos reducido, sin saber por qué, a su concepto burocrático, o que hemos ampliado hasta la antología épica, hasta meter dentro de ella toda la Historia de España: el Arlanzón, el Cid, la Casa del Cordón, Iain, Fernán González. Contra las dos cosas, o por las dos cosas, para el recuerdo es Burgos. Burgos, simplemente. Y el río colándose a través de la ciudad para multiplicar sus reflejos, haciéndonos su imagen más ligera en la cruda luz de Castilla.

Aquí las piedras tienen un cimiento que no se comprende bien hasta que nos metemos entre ellas, en el recuadro de la estampa dormida de sus calles, rodeado de Burgos por todas partes y bajo una luna gorda. Transitando por él adivinamos que sus casas no están hincadas en la roca como las de Segovia, con sus cristalerías. El trasfondo burgalés es el silencio, sus cimientos. Acabamos por comprender que todo Burgos tiene vocación de Cartuja, para andar por ella con la cabeza inclinada y el crepúsculo muriéndose al otro lado de los álamos. Y la última nostalgia del viajero que pase por la calle Fernán González y bajo los tejavanos de San Esteban, será la de no poder profesar en los claustros de San Bruno, que está ahí, a la mano, en el lago de alta y fina primavera castellana, entre nogales novicios, ramas de Tosantos y Covanera. Este verdor constituye la única voluptuosidad de la Cartuja y la más peligrosa, porque ha contagiado a la piedra. Gil de Siloe trabaja en sus retablos con la



Catedral de Burgos



Interior de la Catedral



*Signum Crucis que llevaba
el Conde Fernán González en sus batallas*

Grandeza política y guerrera de Fernán González

Por FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL

Figuras que cambian

EN cualquier figura histórica podríamos distinguir un doble aspecto: aquel que es en realidad y aquel que le atribuyen sus contemporáneos. Pero hay personajes que después de muertos empiezan una nueva vida en el agradecimiento, en el amor, en la admiración del pueblo en medio del cual se desarrolló su actividad, en su recuerdo y en su imaginación, una vida que, como toda vida, varía, crece, se transforma sin cesar. Quedan, ciertamente, rasgos de la figura

primitiva, pero otros desaparecen, y en cambio, se le añaden elementos nuevos que corresponden a las preocupaciones y acontecimientos de cada generación. Todos los héroes, todos los personajes, cuya existencia impresionó o influyó poderosamente sobre sus contemporáneos, tuvieron esta vida póstuma, cambiante, imprecisa, que aun despertando en nosotros un entusiasmo admirativo, nos dificulta la visión clara de su personalidad. Es el caso de Aquiles, de Roma, de Eneas, de Sigfrido, de Hércules, de Guillermo Tell, de Rodrigo Díaz de Vibar. Y es el caso también de Fernán González.



Monasterio de San Pedro de Arlanza.—Ruinas.

A veces, esta vida póstuma prevalece de tal manera que la vida real se esfuma en una lejanía confusa e indescifrable. Ya no acertamos a distinguir la historia de la leyenda, y no solamente se borran los límites que debiera haber entre ambas, sino que todo queda revestido por la gasa impalpable y fugaz del mito. La figura se desplaza al reino de las ideas puras, donde ya no existe apenas el tiempo ni el lugar, de suerte que llegamos a preguntarnos si se ha movido alguna vez entre hombres de carne y hueso. Un maestro de la investigación moderna ha podido describirnos año tras año y casi día tras día la carrera terrenal del Cid Campeador, y, sin embargo, eran muchos los que se preguntaban si el Cid había existido en realidad. Aquí la contestación se ha dado, y de una manera definitiva; pero será difícil darla tratándose de Héctor, de Sigfrido, y más todavía, de Hércules o de Dionisios.

La doble vida de Fernán González

Fernán González es también uno de esos héroes privilegiados, cuya vida póstuma se extiende siglos y siglos con ese fenómeno de adherencias pintorescas y maravillosas. Apenas desaparecido, los juglares se apoderan de sus hazañas, las cantan en los castillos y las repiten en los pórticos de los monasterios. La gesta se complica sin cesar con nuevas aportaciones. Aparece el canto popular y el canto erudito, el poema. Llega un momento en que la historia se confunde con la leyenda. Cuando Alfonso *el Sabio* busca su información en los relatos que corrian en boca del pueblo. Viene luego la época de los romances, y el conde de Lara queda convertido en un capitán famoso de los tercios de Flandes. Afortunadamente, es posible distinguir en la figura de Fernán González los límites que separan la vida histórica de la vida legendaria.

El investigador puede todavía encontrar los elementos necesarios para colocarla en una época precisa, para formarse una idea bastante clara de su influencia y de su carácter y para presentarla al hombre moderno, terminada ya esa vida poética que da a ciertas figuras predilectas la fantasía popular, desnuda de esos bellos adornos, parecidos a la hiedra, que viene a cubrir el tronco de un árbol milenario. Revolviendo los antiguos documentos, se encuentran noticias suficientes para acercarnos a él, atravesando la nube de la leyenda que le envolvía y le irrealizaba. Las crónicas de su tiempo son parcas hablando de él, y conformes con su carácter oficial, le tratan con muy poca simpatía; pero, examinando pacientemente los diplomas, las actas notariales y las suscripciones, se puede llegar a recoger el hilo conductor de aquella existencia heroica, con una lógica, una unidad y una belleza más apasionantes acaso que en el poema de Fernán González, escrito por un monje de Arlanza, tres siglos después de la muerte del protagonista, y en los versos del Romancero, que nos presentan los relatos de los primeros juglares, cien veces retocados por la musa popular. Y llegamos a descubrir aquello que en esta poesía legendaria es fruto de la primera hora, eco de la realidad y auténtica intuición de un alma o de un siglo.

Los comienzos del héroe

Su historia empieza por corregir a la leyenda con la misma genealogía. El padre de Fernán González no se llamaba Gonzalo Núñez, sino Gonzalo Fernández. No era el hijo del juez famoso Nuño Rasura; sino el adalid de la repoblación que en los comienzos del siglo x planta el pendón de la cruz en las plazas del Duero, en Clunia, Garmay, Aya y San Esteban. Poco antes había creado el señorío de Lara, al cual alude la vieja inscripción, todavía existente, que él mandó poner a la puerta de la torre del homenaje: «En el nombre del Señor.

Gundisalvo y Funderico hicieron esta ciudad, siendo rey don Alfonso. Año 902». Lara es un rico alfoz, situado unos veinticinco kilómetros al sur de Burgos, del cual pudo decir en el siglo XIII don Gonzalo de Berceo, ponderando la gloria y la riqueza de la silla de Santa Oria en el cielo, que era «más rica y más preciosa que todo el alfoz de Lara». Una red de arroyos le atraviesa y montes poblados de robles y carrascas le circundan.

A un lado se alza, severa y arrogante, dominando la cuenca del Arlanza, la roca que se llama todavía el Picón de Lara, extremo meridional y último peldaño de una cadena de cimas escalonadas. Allí nace el futuro creador de Castilla; allí crece lejos de la agitación y de los peligros que cercan por todas partes la vida de los repobladores; y mientras su padre discute en la Corte de León o lucha en las orillas del Duero, se adiestra él en el manejo de las armas y en el arte de montar a caballo, y en el ejercicio de perseguir al ciervo y al jabalí. Su destreza y su arrogancia despertaban la admiración de las gentes del contorno, «ca mucho les agradaba el donaire y gesto y hermosura del mancebo».

El vencedor de los moros

Su sangre le lleva a la lucha. Aparece en medio de la contienda cuando más sombrío se presenta el porvenir de Castilla, cuando Abderramán III, después de unificar las provincias del imperio cordobés, recoge todas sus fuerzas con propósito de someter también a los cristianos del Norte. Su padre ha sido eliminado por la política leonesa; es él quien debe hacer frente a las incursiones anuales del califa y sus generales.

*Quando iba el mozo las cosas
(entendiendo,
oyó cómo a Castilla moros iban
(corriendo,
«Valasme, dixo, Cristo; yo a ti
(me encomiendo;
su coita es Castilla, segund que
(yo lo entiendo.»*

Descubrimos, ante todo, la faceta del guerrero, la que despertó más entusiasmo y admiración en los juglares y en los cronistas. Su intervención decide en el verano de 931 la guerra civil entre los dos hermanos Alfonso IV y Ramiro II. Alfonso es preso en Burgos, y el conde de Lara, en premio a su valor, se convierte de un golpe en conde de Castilla. Empieza su gesta contra los moros. Todos los valles que se extienden entre

el Arlanza y el Duero recuerdan alguna acción suya, algún hecho heroico, alguna victoria. Las gentes empiezan a llamarle «el buen conde», «de todo bien cumplido», «un guerrero natural», «cuerpo de buenas mañas», «el héroe de lozano corazón y de los fechos granados». Triunfa en Hacinas, salva una y otra vez Osma y Garmay, se distingue en la gran jornada de Simancas, y logra mantener tenso el espíritu de sus caballeros año tras año en una lucha porfiada contra un enemigo infinitamente superior. Es el jefe indiscutible, el que sabe ganar los corazones y asegurar el triunfo.

*El conde don Fernando, este leal cabdiello,
parecía entre todos un fermoso castiello.*

Y no solamente logra conservar intacta la frontera en un momento en que conservar era más que antes conquistar, sino que de un salto se planta en las estribaciones de Somosierra, repoblando la antigua ciudad romana de Sepúlveda, que extendería los límites de Castilla muchos kilómetros hacia el Sur y al mismo tiempo los defendería por su inmejorable situación estratégica.

El creador de Castilla

Pero Fernán González era también un gran político, y éste es acaso el rasgo que en él más admirará el moderno his-

(Continúa en la página 66)



Sepulcro de Fernán González





Desfiladero de Pancorbo
Grabado de la Colección Meléndez

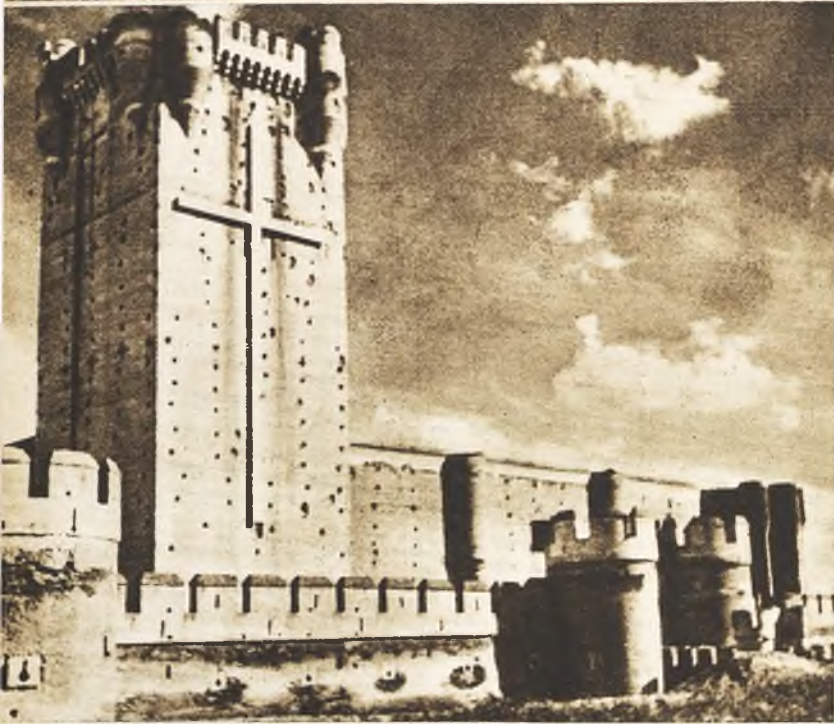


Monasterio de las Huelgas

CASTILLA
CUMPLE
MIL AÑOS



C A S T I L



O S







Escultura central de la iglesia de Santiago (Carrión de los Condes)

EL HOMBRE DE CASTILLA Y SU PAISAJE

Por JOSE ANTONIO MARAVALL

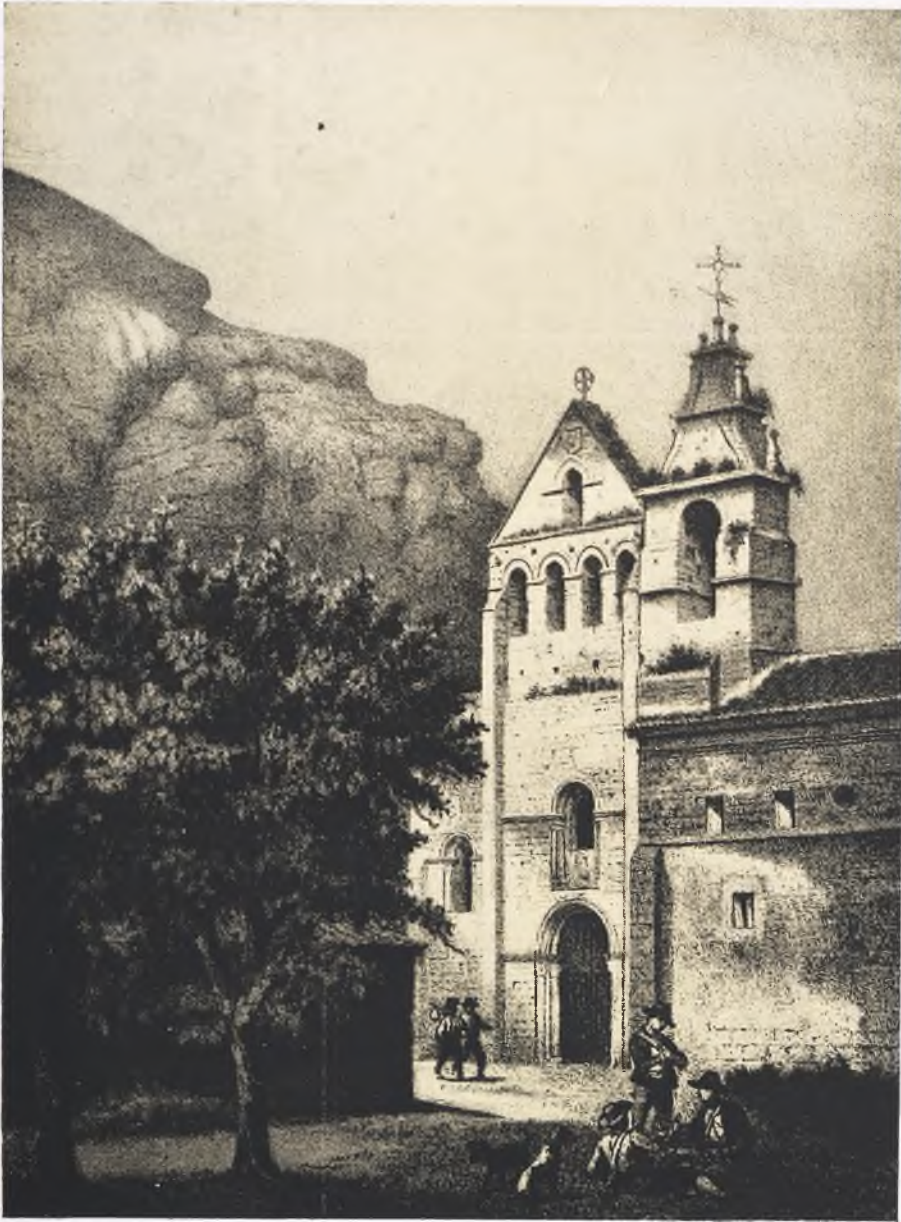
Vive todo cuanto lleva en su naturaleza una interna causa de movimiento. Vive el hombre, que se mueve por propia voluntad, y su planta inquieta puede desplazarse a sus anchas sobre la superficie de la tierra. Cualquier lugar está abierto para él, y si en alguno no encuentra condiciones físicas para su paso, el artificio humano suple sobradamente medios para lograr que no haya límites a su trashumancia. El firme suelo de la tierra, en cualquier parte, se le ofrece para ser su morada. La presión de otros semejantes más poderosos puede excluirlo de ciertos puntos; pero siempre le quedan otros muchos, tantos y tan variados, que puede siempre tomar para su permanencia aquellos que le agraden. Es obra de su libertad quedarse en uno u otro sitio. El hombre ha optado, pues, al convertir en escenario de su existencia el suelo en que le hallamos afincado; y si esto fué así en épocas de más intenso movimiento de población, en remotos tiempos migratorios, también hoy acontece lo mismo cuando vemos aún nacer y morir pueblos enteros. Si los desplazamientos en masa son ahora menos frecuentes y rápidos, no se debe, tal vez, a un amortiguamiento de la movilidad, sino a los más poderosos medios de adaptar el ambiente al gusto de sus moradores.

Pero como escoge el paisaje, el hombre escoge también su vida. Siempre el mañana lleva consigo un casi inagotable caudal de posibilidades. Ese «proyecto de futuro» sobre el que el hombre teje su existir, hasta en sus más cotidianas manifestaciones, es amplísimo en su campo de elección. Y muy poco es lo que fuerza al sujeto que elige a hacer una u otra opción. No se diga que conforme tiene uno el carácter elige su manera de vivir. La espléndida libertad de tan privilegiado actor le permite seleccionar su personaje. El hombre es un dramático haz de inquietudes, abiertas a todo el horizonte de la vida. No se hable de caracteres fijos. Gracias a Dios el carácter es algo que se hace, y lo que hoy llamamos tal, es, efectivamente, cosa que ha sido hecha y que se sigue haciendo, aunque sea en la menos activa forma de la inercia. No es, por tanto, cosa que ha sido dada. Si recordamos los testimonios que tantos escritores nos han transmitido sobre los pueblos hoy existentes, en distintas épocas, nos encontramos con sorprendentes variaciones. De lo que Margarita de Navarra o Juan Bodin, por ejemplo, escribieron de los españoles y de su contraste con lo que de éstos se ha dicho después, he gustado de hablar en otras ocasiones. Y éstos, como otros muchos que pudieran traerse a referencia,

fueron gentes de espíritu finamente perspicaz y de estrecho trato con nuestros antecesores. Tales preclaros testigos de lo que pueblos actuales fueron en el pasado, nos descubren en su tiempo virtudes hoy desconocidas o nos permiten comprobar ahora otras que antes no existieron. Claro que a veces se observa una larga persistencia, como la que se señala en lo dicho por un historiador romano, Trogo Pompeyo, al hablar de los iberos: «Prefieren la guerra al descanso; de modo que si los falta enemigo extraño, lo buscan en casa.» Pero aquí, ¿lo que perdura es la disposición del hombre o las condiciones de la tierra en que mora?

Porque entre paisaje y vida hay una estrecha relación. Sobre un suelo determinado, bajo un mismo fragmento de cielo, sólo caben variaciones limitadas, y la mayor parte de lo que se puede ser o hacer está condicionado. Esto explica la subsistencia de los llamados caracteres, porque la influencia del medio viene a crear en el hombre, sobre su fundamental naturaleza libre, una segunda naturaleza por el hábito y el ambiente. Pero siempre cabe rebelarse contra ésta, rebelándose contra aquellos supuestos que la ocasionan. Si el paisaje imprime al hombre su sello, es posible evitar esto o cambiando de horizontes o haciendo cambiar, con el humano poder, el escenario de la vida.

En una etapa reciente de nuestra Historia acontece en España el surgimiento de un ambicioso afán de transformación del medio, como el que acabamos de afirmar en su posibilidad. En ese tiempo, muchos españoles no están conformes con el modo de vida que en su Patria llevan tantos de sus connacionales, y puesto que el paisaje sobre el que esa vida se proyecta influye y determina aquélla en gran medida, quieren hacer otro del lugar en que se asientan. Por ello, durante los siglos xvii y xviii aparece la interesantísima pléyade de los arbitristas y proyectistas. Impulsa a todos un anhelo reformador. Los de la primera fase, embarcados en las creencias económicas de su tiempo, se reducen a planear un cambio tan sólo en el orden de las relaciones humanas y hablan del comercio. Los de la segunda—ya se han abierto los ojos al ambiente natural—hablan de la agricultura y sienten la angustia de la dura tierra en que habitan. Los gobernantes, tocados de esta manera de ver, se animan con un alegre deseo de transformación, y suscitado el famoso expediente sobre la Ley Agraria, el más ilustre arbitrista, Jovellanos, pondrá de relieve los «estorbos físicos» para cam-



Monasterio de Aguilar de Campó



Convento de Santa María del Temple

biar la faz del paisaje español, a los que él pretende superar con un optimismo que le hace escribir estos graciosos párrafos de esperanza: «¿Y qué sería si el Duero multiplicase y extendiese los ramos de esta comunicación por los vastos territorios que baña? ¿Qué si, ayudado del Eresma, venciese los montes en busca del Lozoya y Jarama y Manzanares, y llevase como en otro tiempo nuestro fruto hasta el mar de Lisboa? ¿Qué sería si el Guadarrama, unido al Tajo, después de dar otro punto a la Mancha y Extremadura en el mar de occidente, subiese por el mediodía hasta los orígenes del Guadalquivir y fuese a encontrar en Córdoba las naves, que podían como otras veces subir allí desde Sevilla? ¿Qué si el Ebro, tocando por una parte en los Alfaques, y por otra en Laredo, comunicase al Levante las producciones del Norte y uniese nuestro Océano Cantábrico con el Mediterráneo?»

El hombre no está,—y este es su drama y su grandeza—irremediamente unido al paisaje, como la piedra y el árbol que en él contemplamos. Si acepta unirse a un trozo de planeta, si acondiciona éste en una forma y no en otra, es porque tal conviene a su manera de vivir. La elección de vida, por no ser posible precizarla en un momento determinado en la inmensa mayoría de las gentes, no es por eso una circunstancia vital menos cierta y no sólo un supuesto teórico. Y sólo aquel que la acomete con un mínimo grado de reflexión llega a ser protagonista de un vivir sincero y con sentido. «No se puede tener asiento en la vida—decía Melchor Cano—si no se toma algún tiempo y cuidado para con sosiego y reposo tratar de la forma y manera de vivir.»

Hace ahora mil años, sobre nuestro suelo peninsular, distintos grupos ponían en acción sus propios programas de vida. Desde el centro político leonés, uno de ellos intentaba el resurgimiento de la sociedad visigoda, de la que se consideraba heredero. Desde la fértil Andalucía irradiaban el suyo los árabes. Y en el noroeste germinaba un feudalismo a la europea. Pero en aquella fecha que hoy conmemoramos, unos cuantos españoles se sintieron disconformes, o por lo menos no suficientemente atraídos por esas posibilidades del contorno que les ceñía, y, lanzados desde la comarca de Campóo, a la que todavía llegan húmedas brisas del Océano, se adentraron, con fiera independencia, en las ásperas tierras de la meseta. Castilla había hecho su aparición, con una formidable potencia innovadora.

Como cuña incontenible, iba a romper, con sus nuevas fuerzas, el nexo entre uno y otro costado de la Península, para acabar por fundirlos más tarde en una nueva unidad, inventada por ella. Su lengua, sus costumbres, su derecho, su cultura, le separarían cada vez más de la antigua tradición, para ser creación propia.

¿Qué plan de vida iban a tener estos innovadores castellanos? Recordad el emplazamiento de muchas de sus ciudades y pueblos. Sin duda, en su mayor parte, el lugar y disposición de aquéllos eran heredados del tiempo antiguo; pero casi todos sufren una transformación y o se reducen o se acrecientan, se adelantan sobre los otros y adquieren una decisiva influencia en la vida del nuevo país.

Castilla tuvo y tiene sus lugares amenos, pero las ciudades que hicieron su historia radican, por lo general, en los más duros parajes. En ellas permanecieron aquellas minorías, protagonistas de sus empresas históricas. Es impresionante, por ejemplo, preguntarse por el programa de vida de las gentes que se afincaron en un trozo de tierra como Medinaceli y su contorno. Y de ese violento y alucinante reducto salió el Poema de Mío Cid, que fué el «sueño» colectivo—en el sentido unamunescó—que dió realidad a la vida castellana.

En sus *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio* se plantea Maquiavelo la cuestión de la fundación de una ciudad. En la fundación y, por tanto, en la decisión de permanecer tomada en momentos en

que es, por crítica circunstancia, más hacedero el cambio, está uno de los datos más importantes para comprender el sentido de una ciudad, y, por ende, de la sociedad política que de ella ha hecho su morada. «Aquellos—dirá el inquietante florentino—que leyeran cuál fué el principio de la ciudad de Roma y por qué legisladores y cómo fué ordenada, no se maravillarán de que tanta virtud se haya mantenido en ella largos siglos, y de que después naciera allí el Imperio que tal República alcanzó.» La *virtú* del que funda una ciudad, sostiene Maquiavelo, y añadamos que también la del que la acepta y desarrolla, se ve de un modo en la elección del sitio. Y es de considerar si no es más adecuado tener las ciudades en lugares estériles, a fin de que los hombres, constreñidos al esfuerzo, menos dados al ocio, vivan más unidos y no sean frecuentes los motivos de discordia. Este argumento de la unión nos parece a nosotros de capital importancia para aquellos grupos sociales que tengan que contar con la presencia de la guerra al organizar su vida en común; pero Maquiavelo, que agudamente meditó sobre las necesidades bélicas, añade, contradiciendo lo que insinuaba antes, que la elección de un lugar pobre sería recomendable

país, no sólo en los límites fronterizos, se ha hecho pensando en la guerra. Y es que lo tremendo en Castilla fué que toda su tierra, palmo a palmo, tuvo en una época condición militar de frontera. Ante las necesidades de defensa que esto implica, no escogió el castellano lugares amenísimos—dicho con palabra grata al humanista—, sino ásperos y pobres. Y la contradicción con la tesis de Maquiavelo estriba en que éste tenía ante sí las razones de una técnica «moderna» de la guerra, con grandes masas organizadas, mientras que el hombre de Castilla vivió las exigencias de una guerra medieval y, sobre todo, de Reconquista.

Castilla se halla como ningún otro país europeo en un estado de guerra constante e íntimo, y, como tal, constitutivo de su propia existencia. Por ello importa tanto como atacar, resistir, y aun es esto más decisivo para el éxito final. Necesita, pues, una organización estratégica de la vida entera para mantener su resistencia. Este es el profundo drama, en el sentido etimológico, de la Reconquista, que no se ha valorado nunca bastante en la gran peripecia de la historia española. Rechaza, por eso, el nombre de Castilla las formas de vida grata o



Convento de Santo Domingo de Sños (Claustro)

si los hombres se contentaran con lo que tienen; mas como todo grupo debe contar siempre con la rapacidad de los vecinos, es necesario huir de la esterilidad de unos países, para asentarse en lugares fertilísimos, donde, por la abundancia de la tierra, puedan multiplicarse y defenderse de quienes los asalten o dominar a quienquiera que se oponga a su grandeza.

Sin embargo, el castellano elige sus fuertes y duros lugares de habitar impulsado por un fin guerrero. La estructura interior del

amable, en la naturaleza, en el arte o en el amor, porque o recargan y van contra la exigencia de ligereza y agilidad en un existir guerrero o porque relajan su necesaria enérgica tensión. Y cuando se decide a hacer un gran arte, inventa el barroco, con el que nos muestra el hondo patetismo de la vida humana, para ejemplo y enseñanza de los que la viven.

En un programa de vida como el que hizo suyo el castellano, que no admitió nunca poner fin a la Reconquista y que cuan-

(Continúa en la página 67)

El Siglo de Hierro

Por C. PEREZ BUSTAMANTE



GARCÍA II

«Estonce era Castilla un pequeño rincón...»

EN la infinita variedad de la Europa del siglo X todos los Estados son rincones. Lo es Castilla, limitada al Norte por el Cantábrico y al Sur por el Duero, y encerrada entre la Rioja y los ríos Deva y Pisuerga.

Lo es el reino leonés, que apenas rebasa la línea del Duero y comienza a repoblar con gallegos, asturianos y mozárabes las regiones del Tormes. Los condes de Barcelona—Mirón, Sunifredo, Borrell—buscan la ayuda de los reyes francos, y los reyes navarros—García II y su madre la reina Toda—se apoyan en León para defenderse penosamente de los árabes que penetran por la Rioja.

Tiempos duros los de aquellos reyes asturleonéses que se consideran restauradores de España, superiores a los demás príncipes y hasta se atribuyen el título de emperadores. Se lucha sin cesar en la frontera, y especialmente en las zonas por donde pasaban, cruzando el Duero, los cuatro grandes caminos romanos que conducían a la meseta superior: San Esteban de Gormaz, Osma, Simancas y Zamora. Reyes que mueren de lepra, como Fruela II; que se retiran a las soledades monacales, como Alfonso IV, y que arrepentidos vuelven al mundo para tornar sin ojos al convento y pasear por los claustros la infinita tristeza de sus cuencas vacías. Reyes valientes, como aquel Ramiro II, enérgico y guerrero, que ayuda a los rebeldes de Toledo contra el califa y vence al gran Abderramán en Osma, Simancas y Alhandega. Reyes deformes, como Sancho «el Craso», que acuden a Córdoba para buscar remedios a sus taras en las hierbas misteriosas de los médicos judíos.

Al otro lado de los montes la dinastía carolingia, acosada por los normandos, se extingue lentamente con Carlos «el Simple», Ludovico IV «de Ultramar» y Lotario, para fenecer, en las postrimerías del siglo X, con Ludovico V «el Holgazán», que da paso a los Capetos.

Los anglosajones viven todavía del recuerdo de Alfredo «el Grande», cuyos sucesores Atelstán, Edmundo, Edredo y Edwig, se defienden como pueden de las flotillas de piratas daneses que acabarán por adueñarse del territorio. Escocia es un reino semibárbaro, cuyos reyes Constantino II, Malcolm, Illuilb, Dubh, Cuillen y Kenneth, apenas son conocidos. Los Estados escandinavos se debaten en las tinieblas del paganismo o acaban de convertirse. Dinamarca bajo la dinastía oscura de los Skiold; Suecia bajo la más oscura de los Inglings, y Noruega con sus Haralds,

Ericos y Olafs, de peregrinos apodos: «Bella Cabellera», «Piel Gris», «Hacha de Sangre...» El mundo eslavo dormita en la barbarie o en los comienzos del cristianismo: Bohemia con sus Wratislao, Wenceslao y Boleslao (912-999); Polonia con los Piast; Rusia, mera expresión geográfica, con unos príncipes de sangre escandinava establecidos en Novgorod y en Kiew, que más tarde se convertirán, aunque su cristianismo trascienda más a estepa que a Evangelio.

Italia vive en plena anarquía. Nápoles, con sus duques independientes ya del Imperio Bizantino: Gregorio IV, Juan II, Marino I, Juan III, Marino II y Sergio III. Benevento, Salerno, Capua, Amalfi, Gaeta..., son estados casi autónomos.

Venecia ya dibuja su organización aristocrático-mercantil, y Génova es una ciudad libre, Sicilia está en poder de los musulmanes del Norte de Africa.

El Pontificado atraviesa sus días más amargos: los que el cardenal Baronio calificó con el nombre de «Siglo de Hierro». Las luchas religiosas en el Imperio Oriente han culminado ya con el cisma de Focio. Las intrigas de los miembros de la decadente dinastía carolingia, la constante amenaza de los sarracenos, las conjuraciones de la nobleza romana y la escasa energía de los Pontífices, debilitaron en grado sumo su fuerza moral. De otro modo no se concebirían las ignominias que se cometieron con el cadáver del Papa Formoso, que después de impías profanaciones fué arrojado al Tiber; la triste suerte de Esteban VI, que pereció asesinado en la cárcel, y la desgraciada actuación de algunos de sus sucesores.

La degradación culminó en el período que se abre con la elección de Sergio III y dura casi todo el siglo X. Teodora, esposa de Teofilacto, vestuario de la Corte pontificia, su hija Marozia y su nieto Alberico, personifican las cualidades más indignas de aquel angustioso momento.

La intervención de los tres Otones, emperadores de Alemania, propulsores de la expansión teutónica a costa de los



LUDOVICO V



MIRON



ALFONSO IV



RAMIRO II



CONSTANTINO II



SERGIO III

pueblos eslavos, y vencedor, el primero, de los húngaros, atenuó la opresión en que tenían las grandes familias romanas al Pontificado.

El que de hecho se conservara incólume el depósito de la fe, a pesar de tantas miserias, es la mejor prueba de que la Iglesia Católica no es una institución humana, dice con acierto un historiador eclesiástico.

En cambio, Bizancio y el Islam viven días mejores. Durante siglo y medio gozó el Imperio de los grandes monarcas de la dinastía macedónica: Basilio I, su fundador; Romano «Lakapenos», Nicéforo Focas y Juan «Zimisce», usurpadores gloriosos que gobernaron en nombre de los príncipes legítimos, y, por último, Basilio II, que reinó medio siglo, no fueron los emperadores bizantinos que con frecuencia se complacen algunos en representar, sino, por el contrario, almas enérgicas y duras, sin escrúpulos y sin piedad, voluntades autoritarias y fuertes, más cuidadosas de hacerse temer que amar, hombres de Estado apasionados por la grandeza del Imperio, generales ilustres cuya vida transcurrió en los campos de batalla y entre sus soldados, administradores enérgicos e inflexibles que no dudaban cuando se trataba de asegurar el bien público. Samuel, el viejo zar de los búlgaros, supo de la ferocidad de Basilio II cuando recibió 15.000 soldados ciegos, guiados por 150 que quedaron con vista de un solo ojo, después de la victoria y del castigo que infligió a sus enemigos el «basileus» de Bizancio.

El mundo islámico ya no es una unidad [política]. Los movimientos de disgregación que se acusaron en los siglos VIII y IX se consolidan en el siglo X. Frente a los Abbasidas de Bagdad se crea en Africa el poderoso imperio de los Fatimitas, que llegó desde el Atlántico al Mar Rojo, convirtiéndose El Cairo en un centro religioso y político de primer orden.



GREGORIO IV



BASILIO I



CASCO DE ABDERRAMAN III

El emirato Omeya de España se desprende de su timidez y Abderramán III se titula jefe de los creyentes, llegando su prestigio hasta la lejana Alemania, de donde recibió embajadas. Desde el monasterio de Gandersheim, la monja Hroswita llamaba a Córdoba ornamento del mundo. A esta imagen hay que añadir la evocación del «Andalus», sembrado de torres, poblado de alquerías, con trescientos núcleos de población importantes, ochenta ciudades, seis grandes capitales, y, sobre todo, Córdoba, que el Bayán Almogrib nos describe con sus ciento trece mil casas, sus centenares de mezquitas, instalaciones de baños, edificios públicos y suntuosos palacios.

No puede extrañarnos, por consiguiente, que la España cristiana del Norte, fragmentada en pequeños Estados, se sienta ofuscada y atraída por el brillo de la Corte cordobesa, por su potencia militar y por los brillantes reflejos de su cultura. Hay un momento de vacilación, que corresponde al siglo X, época de barbarie en Europa, sin estímulos transpirenaicos, en el que las relaciones con el Sur parecen inclinarse a toda España del lado de la cultura oriental.



ABDERRAMAN III



«VILLA CONSIDERABLE DE ESPAÑA» LLAMAN EN ESTE GRABADO
LOS FRANCESES A LA CAPITAL DE CASTILLA LA VIEJA

CASTILLA EN EL CINE

Por LUIS GOMEZ MESA

Uno de los principales cometidos del cine es difundir los más bellos paisajes del mundo. Pero no solamente en películas documentales, sino también en interesantes tramas ambientadas en sugestivos lugares naturales.

El cine actual, exageradamente entregado a la pericia y al artificio de la técnica, ha olvidado esa clara verdad, y en su abuso de la escenografía no sabe ya desenvolverse en un panorama auténtico, abierto a las contingencias de los cambios de tiempo. Prefiere los engaños y las comodidades de la ciudad a la franqueza y los rigores del campo. Y por dominar una mecánica maravillosa se ha hecho un ilusionista, que no cree más que en sus mentiras y falsedades, que en sus propias expertísimas trampas y simulaciones.

La prestidigitación es una gran destreza que simplemente entretiene, pero que no entusiasma, por saberse que todo en ella es truco, embaucamiento. Y sin un fundamento o una inspiración verdadera, ninguna tarea artística emociona plenamente. Toda ficción necesita apoyarse en un aspecto real, especialmente las que destacan un tono elevado, ya que el prodigio del arte es revestir de belleza, infundir el atractivo de la poesía a las pequeñas vicisitudes de la vida cotidiana. Y lo que quita valor de autenticidad cinematográfica a las películas de ahora son sus insistentes juegos de prestidigitación, en que la lluvia es imitada en los Estudios de filmación, lo mismo que la luz resplandeciente del sol y que las más diversas manifestaciones de la Naturaleza.

Los progresos técnicos del cine no se distinguen por un alto anhelo de vencer valientemente a la Naturaleza, para reflejarla en su verdad. Al contrario: la rehuyen cobardemente. Y en el empleo excesivo del decorado, se llega a imitar todos los paisajes, desde el valle a la selva.

Pero hay paisajes tan verdaderos y exclusivos que no admiten simulaciones. Como éste de Castilla.

Y el error fundamental de nuestro cine es no trazarse procedimientos originales, en vez de seguir métodos demasiado conocidos ya.

¿Por qué no supeditar la técnica al impulso artístico?

La Naturaleza, concretamente el paisaje, siempre ha ofrecido a las retinas pictóricas inspiraciones para muy bellas obras. Y el cine, que por su visualidad es primordialmente pictórico, después de obtener sus mejores éxitos con películas realizadas en los más hermosos y pintorescos parajes de la tierra, como si hubiese satisfecho ya su ansia viajera y estuviere cumplida su misión artística, se contenta hoy con moverse en la limitación de los decorados.

El paisaje en el cine actual no aparece de un modo directo, sino como fondo de las incidencias argumentales, por medio del nuevo embuste filmico denominado «transparencia», consistente en sustituir el decorado por la proyección de unos fotogramas, que se captan conjuntamente con la escena que fingen vivir los personajes.

¿Y no irradiaban mayor encanto las películas de antes, tomadas en los mismos lugares de la acción?

Y porque Castilla no entiende de engaños y los desprecia, inmutablemente fiel a su seriedad, su función en el cine resalta suma importancia.

Paisaje infinito, de horizonte azul y sin término, como el del mar, tiene en su aridez y en su monotonía aparente una gran riqueza de gamas y matices. Y la labor perspicazmente observadora y orientadora del Arte ante esta muestra de la variedad



De la película "Segovia"

de la Naturaleza es descubrir y describir esos atractivos ocultos a las miradas vulgares.

Fotográficamente, Castilla, su paisaje, su ambiente, sus monumentos y sus gentes son de una original, recia y orgullosa plasticidad.

Pero el cine, que es fotografía en movimiento, exige utilizar el ojo mágico del objetivo con una aspiración artística. Animar lo extático de un impulso de espiritualidad.

Y aun no se ha hecho eso con Castilla, que permanece inédita para el cine.

Algunos documentales han recogido famosos lugares castellanos, pero sin interpretar los certeramente en su profundo significado, sino con un fácil criterio de tarjeta postal, que resulta bonita por la

índole de lo que se retrata y no por la calidad del que verifica el trabajo.

Y a Castilla nunca le ha placido ni complacido lo fácil.

De temple duro y segura de su vigor, fervorosa y sobria, creyente y creadora, ha elegido siempre empresas arduas e imposibles para gentes sin sus condiciones excepcionales.

La fe ha iluminado continuamente—de sus fastos legendarios a nuestra reciente guerra de salvación—sus mayores y mejores empeños. La audacia, para triunfar, precisa de un afán firme y afirmativo.

Y si no se ha logrado todavía llevar al cine la impresionante autenticidad de Castilla, es por no haber calado en la fe de su alma.

Se ha aplicado equivocadamente a películas que pretenden reflejar caracteres y costumbres castellanos, una técnica que por ser demasiado diestra cae en el artificio, sin alcanzar en ningún momento la persuasiva y emocional naturalidad del arte.

Y la única técnica que armoniza con la sinceridad castellana es la que se compone de estos dos elementos: verdad y sencillez.

Los gestos desmesurados, las actitudes desorbitadas, la afectación y el engolamiento son opuestos a la llaneza castellana, que efectúa una gran heroicidad sin esperar otra recompensa que la propia estimación y la alegría de haberse comportado bravamente.

¿Hay acaso cualidades mejores y más gratamente cinematográficas—en la alta acepción de esta palabra—que la verdad y la sencillez, definidoras de la perennidad de Castilla?

Constituyen un tratado de vivificante y ejemplar estética. Una permanente lección de Moral, pues toda ordenación de normas que se basan en la verdad destella un limpio valor ético.

El cine español ganará una categoría universal el día en que el carácter íntegro de Castilla enaltezca nuestras películas.

Y de toda la colorista heterogeneidad de nuestras regiones, es Castilla la más trascendental, por razones geográficas y raíces históricas. Su paisaje infinito, sin arbolado ni vegetación, de tierra desnuda, vestida solamente en algunas comarcas con el jubiloso ropaje de los trigales, en su quietud casi extática sueña y ambiciona aventuras incomparables en los más distintos y distantes mares y tierras. Y por eso dirigió, sabia y enérgicamente, el rumbo de España en jornadas gloriosas y memorables momentos.

Andalucía es de un tipismo pimpante, gracioso y juncal, y esto motiva que sea la región predilecta de nuestros pelucistas. Pero la pierde su mismo hechizo, tan incomprendido y falso por los que no se ocupan ni preocupan del fondo y se paran en la superficialidad de las cosas.

Castilla es diferente. Sabe reír y sonreír, pero de otra ma-

(Continúa en la página 67)







Desde el Alcázar de Segovia hasta la fortaleza de Simancas, sede ahora del gran Archivo español, piedras muchas veces seculares yerguen aún su altivez augusta sobre el cielo absoluto de Castilla



Alcázar de Segovia

EL SOLAR DEL FUNDADOR

*He aquí cuatro lugares solariegos
del Conde Fernán González*

El viejo archivo de Covarrubias, construido por Felipe II, y que hoy es casa Ayuntamiento.

Ruinas del templo monasterial de San Pedro de Arlanza.

Sepulcro de Doña Sancha de Navarra, esposa de Fernán González.

El Rollo, insignia de jurisdicción y picota de Covarrubias,



B U R G O S

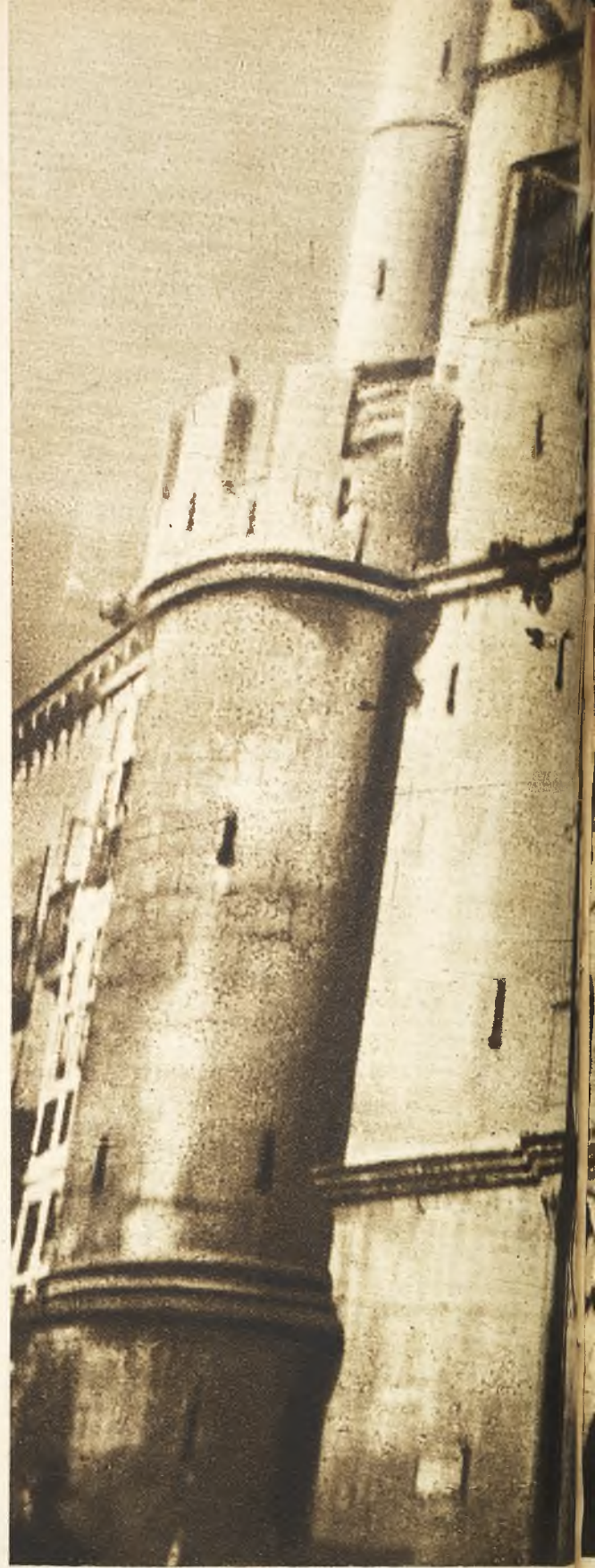
CAPUT CASTELLÆ

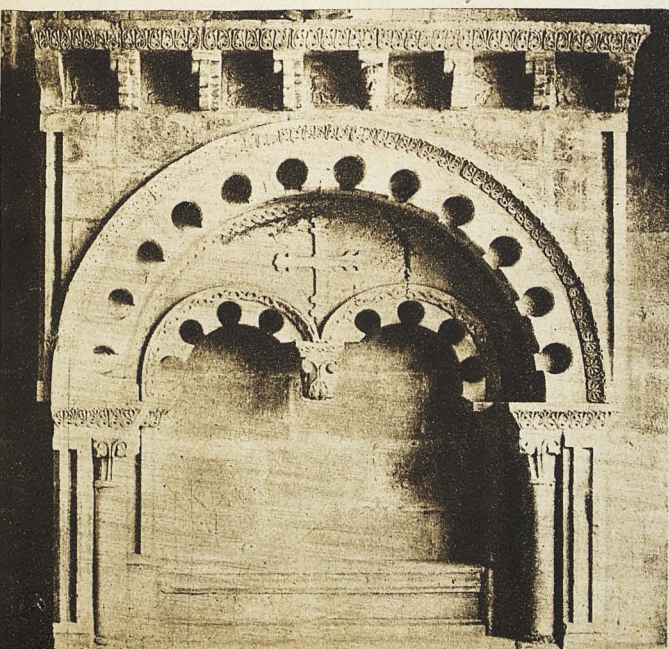
La famosa Casa del Cordón, de la Orden Teutónica
El Arco de Santa María, en el cual está instalado actual-
mente el Museo Provincial

La Catedral

Sepulcro llamado de Mudarra, que se trasladó de San Pedro
de Arlanza a la Catedral de Burḡos

Enterramiento de Don Juan II y Doña Isabel de Portugal,
obra de Gil de Siloé, en la burgalesa Cartuja de
Miraflores







DE LA CANCIÓN DE CASTILLA

Por R. SAINZ DE LA MAZA

Entre las diversas hipótesis referentes al nacimiento del canto popular, la más repetida es aquella que le considera como emanado directamente del genio del pueblo. La canción sería así la más ancestral referencia del sentimiento cósmico de ese pueblo, y desde lo más hondo de la Historia llegarían a nosotros, intactos, los ecos remotos, transmitidos de generación en generación. El Romanticismo dió pábulo a esta hipótesis y divulgó la imagen del rústico pastor ingenuo e ignorante, lanzando al aire sus cuítas, tal como nos le pinta la novela pastoril de los clásicos, convertido en genio creador espontáneo, depositario de las emociones y el sentir de la raza.

La hipótesis opuesta es la que afirma que los cantos populares no son otra cosa sino residuos de obras creadas por artistas cultos, caídas en desuso y moda y prohibidas más tarde por la gente del pueblo llano. Lo cierto es que de todas las manifestaciones del arte popular ninguna como la musical guarda y recoge el sentimiento de una raza y nos da, como ella, la emoción de los paisajes entrañables en que hemos nacido.

Así, las viejas canciones de Castilla nos ponen en íntimo contacto con la tierra del alto cielo y la ancha soledad, y las notas misteriosamente rimadas de una tonada popular nos traen la imagen del paisaje desnudo, de línea escueta, sacudido por el viento paramero.

Mientras los estudios folklóricos no lleguen a constituir un cuerpo de doctrina que permita orientar la investigación sobre bases sólidas y establecer un método semejante al aplicado en los estudios filológicos, hemos de conformarnos con los trabajos parciales—muy notables algunos—en los que se abordan aspectos interesantes de esta ciencia.

Castilla posee un caudal precioso, una cosecha de la que apenas se ha recogido una parte. Segovia, Burgos y Avila son tal vez las provincias más favorecidas por la atención de algunos músicos exploradores de su vena lírica. Federico Olmeda, en Burgos, fué el iniciador de esta búsqueda y a quien se debe el descubrimiento reciente del alma musical castellana.

Otros músicos próximos a nosotros vinieron a continuar su trabajo, recorriendo estos caminos anchos, tendidos entre campos de trigo, centeno y garbanzo, para perseguir y salvar del olvido los viejos sonos de canciones y danzas.

Carreteras de Boceguillas—por Turégano y Sepúlveda—de la Venta de San Medel por Zamarramal, la de Arévalo por Santa María de Nieva, donde se encuentra ese tipo de saeta castellanizada, de melodía libre y ritmo preciso, que acompaña la pandereta oprimida contra el pecho. Singular y típico ejemplo de influencia y adaptación andaluza en Castilla, como este elogio de Hontavilla:

*Hontavilla de mi alma,
pareces villa
con tantas arboledas
a las orillas.*

*Hontavilla de mi alma,
qué bien pareces
cuando repiquetean
los almireces.*

Seguidilla que pertenece al mismo tipo y con los mismos rasgos que la tau famosa en la que Lope alaba el Guadalquivir:

*Río de Sevilla,
¡cuán bien pareces
con galeras blancas
y ramos verdes!*

O aquella otra de un baile escolar del siglo XVII:

*Alcalá de Henares,
qué bien pareces
con tus torres y muros
y chapiteles.*

En esos caminos se escucha a veces el sonido estremecido y plástico de la dulzaina, ese oboe rústico, chirimía y caramillo a la vez, que tañido por un raro artista ha sido en algún caso archivo de la esencia popular musical de casi toda la región que va desde el Valle de Arenas de San Pedro, sube Gredos, atraviesa verticalmente la provincia de Avila y entra en Valladolid por Madrigal de las Altas Torres, dejando al oeste la tierra del vino, y llega hasta la de Campos por Villalpando; sube aún hacia Burgos y desciende por los Montes de Oca hasta Burgo de Osma, atravesando Salas y Quintanar de la Orden, para entrar por Ontoria en la provincia de Soria, la cual atraviesa hasta encontrar el macizo de Guadarrama. Dentro de estos límites hay que situar las verdaderas raíces, las características de la música castellana.

La canción, como el lenguaje, está en evolución constante. Cada generación imprime en ellos su estilo. A veces experimenta tales contaminaciones, que re-



(Continúa en la pág. 67)



Entrada de Burgo's



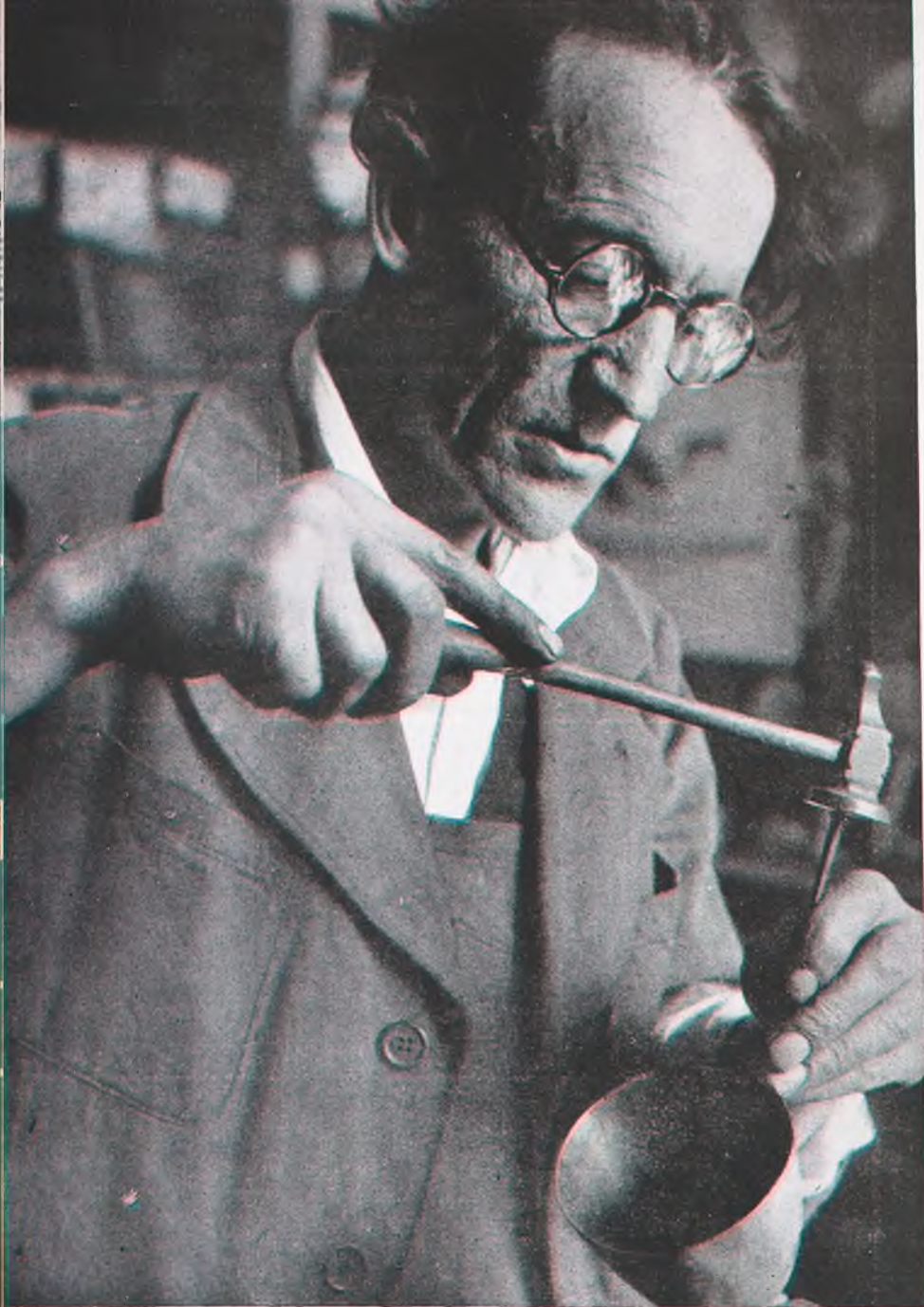
Miranda de Ebro



Segovia. El acueducto



Paso de Pancorbo



MAESE CALVO

Huroneando por las viejas calles de la vieja ciudad, cuando apenas su espíritu infantil, el mismo que hoy encierra el fondo de su recia personalidad, podía columbrar la esplendente ascensión en el camino del arte, germinó Saturnino Calvo, renacido bajo este cielo burgalés y formado en el roce constante con las piedras de esta Madre Castilla—Silos, Arlanza, San Pedro Cardeña, rutas medievales, jalones de nues-

ARTESANIA

HIERRO, ARTE, HISTORIA

MAESE CALVO Y SU RETABLO DE CASTILLA

Por BLANCO ESPAÑA

tra historia; fraguada a la vez al regusto de nuestra Catedral, en cuyos aledaños ha tenido siempre el taller donde alumbraron sus primeros trabajos—vieja rúa de Fernán González ayer y hoy de Nuño Rasura, como si la vida de este orfebre habría de fundirse con esos dos nombres sonoros—y desde donde, en eubajada de arte, han ido saliendo en silencioso esfuerzo, en ciclópeo esfuerzo—tal es su variedad y número—, hasta este castillo de castillos, y que él quiere que sea el Retablo de Castilla.

Pero para llegar a este Retablo de Castilla, síntesis de una obra, resumen de una vida, compendio de una técnica y epílogo de un esfuerzo, la mirada ha de volver atrás, ha de recordar el pasado, cuando el hierro rebelde, el cincel vacilante, la mano insegura, pero, eso sí, el espíritu despierto, la voluntad decidida y el ánimo templado, en lucha desigual en la que el yunque se resiente a la embestida del martillo y del cerebro; cuando las alas de la imaginación iban más allá de lo que pueden los años, el conocimiento y la experiencia; cuando, en fin, en los pasos vacilantes del aprendizaje el ardor suplía a las más esenciales reglas del arte, ha de recordarse, sí, el pasado, cuando sobre el trozo de hierro iba repujándose o cincelándose golpe a golpe, inquietud tras inquietud, un detalle de nuestra Catedral; cuando a la sombra de las obras del francés Hilario o de las de Cristóbal de Andino, el gran rejero español, iba formándose, dominando el hierro, rompiendo las cadenas del no saber, al igual que el coloso que dió vida a Castilla, haciendo saltar también, para peregrino ejemplo, las cadenas que atenazaban la independencia de lo que iba a ser la Patria...

... Y de lo que iba a ser Saturnino Calvo, ese Maese Calvo, loco unas veces, volcánico las más, extraño para quien no le conoce, pero siempre artista y, como artista, español, español sin mácula, metido en la entraña de España, pues de ella y de nada más que de ella ha alumbrado su magnífica obra, la de hoy y la de ayer.

★

El Retablo de Castilla es, en su traza, un monumental castillo con policromía de oro, rojo y azul, del más puro sabor bi-

Rodela de Fernán González. (Acero)



Cáliz. Oro, plata, hierro



Detalle del zócalo del retablo



zantino. Consta de cuatro cuerpos en alzado de traza uniforme. En el cuerpo bajo y entre el zócalo y el friso aparecen los seis condes anteriores a la independencia de Castilla, rodeados con motivos ornamentales del escudo de la ciudad de Burgos y los de los partidos de la provincia, remarcado por entrepaños y columnas y afiligranados tableros, todo ello, como el resto de la obra, repujado y cincelado.

Aparecen en el cuerpo central los escudos de las restantes provincias y las figuras, magistralmente trazadas, de los personajes históricos más importantes de cada una de ellas, como asimismo los escudos de las respectivas comarcas.

En la parte central de este cuerpo, a modo de tabernáculo, que es practicable, está exornada cada puerta con las figuras próceres de Nuño Rasura y Laín Calvo, jueces de Castilla, y, en el fondo, las figuras de Fernán González y el Cid, rodeados de las cabezas de los Siete Infantes de Lara.

En el cuerpo inmediato superior campean otras dos provincias tan vinculadas a Castilla como lo son Vizcaya y Alava. En el último cuerpo aparecen cuatro figuras de mujeres: Isabel la Católica, Doña Jimena, Santa Teresa de Jesús y Doña Sancha de Navarra, mujer de Fernán González, cuatro figuras de mujeres castellanas en asociación histórica.

Remata este monumental castillo el escudo de España, cuidadosamente ejecutado y de perfecta entonación... Gran sinfonía de castillos este castillo de castillos o Retablo de Castilla, ya que ésta que podríamos llamar heráldica de Castilla y en el simbolismo de los escudos castellanos, el castillo lo llena todo. Castillo sobre el mar, castillo sobre el río, sobre la montaña, sobre el prado; lo mismo sobre el altozano que sobre el valle, castillos por doquier. Y así en este Retablo de Castilla el castillo lo domina todo, en lo poco y en lo mucho, en la concepción y en el detalle.

Este es, a grandes rasgos, el Retablo de Castilla; esta es la obra de Maese Calvo. Ingente labor de forja, cincelado y repujado y en la que también han colaborado sus dos hijos: Saturnino y Rafael, continuadores de esta tenaz labor de hacer del hierro, del oro y de la plata—entraña de la tierra—música de ígneas sonoridades.

*

La inmensa labor de Calvo, diseminada por todos los ámbitos, le ha servido de cimiento cultural y artístico para engendrar el Gran Retablo de Castilla. Sus cálices, custodias, hacheros, bandejas, medallones, arquetas, verjas, rodela, braseros, cubiertas de libros, etc., etc., ese inmenso trabajo de una vida, atestiguan la sólida madurez de su arte.

Descuellan entre todas sus obras las rodela propiedad del excelentísimo Ayuntamiento de Burgos, con las figuras de Fernán González y el Cid; el cáliz gótico del doctor Castro, arzobispo de Burgos, pieza magnífica labrada en plata; la verja interior de la mansión de don Perfecto Ruiz Dorronsoro, filigrana de hierro; la obra de la Catedral del Burgo de Osma, la del obispado de Vitoria y, por último, la labor realizada en la iglesia-capilla de la Sociedad Española de Seda Artificial, recientemente construída.

Arqueta gótica de cuero y hierro



Tapa de misal de plata



Cáliz de plata

Custodia. Oro, plata, hierro





Autorretrato de Durero (1484)

LOS DIBUJOS ORIGINALES DE D U R E R O EN LA ALBERTINA DE VIENA

Entre las 24.000 láminas que se guardan en la Albertina de Viena destaca en la notable colección, constituyendo su más preciado tesoro, buena parte de los dibujos originales de Alberto Durero, que uno de los sucesores del emperador Maximiliano I reunió, al finalizar el siglo XVIII, juntando los que ya poseía con los procedentes de las familias Inuhoff y Pirkheimer de Nuremberg.

Durero dibujaba con el estilo de plata, precursor del lápiz de grafito; con la pluma, sobre papel grisáceo o de otra tonalidad—muchas veces utilizando el color blanco para hacer resaltar los trazos—; con la punta del pincel, en negro y blanco; con carboncillo y con tiza. Unas veces pinta a la acuarela sus dibujos y otras emplea la aguada, como ocurre con el primoroso ramillete de violetas que todos conocemos. Estos dibujos de Durero van jalonando la vida entera del artista, sus miras, su gran anhelo de alcanzar la belleza y su celo fanático por llegar al conocimiento de la verdad.

La lámina más antigua que de él poseemos es el autorretrato que

le representa a los trece años de edad, ejecutado en 1484 y conservado en la colección vienesa.

El joven hijo del oriebre de Nuremberg, que se hallaba aprendiendo el oficio paterno, abandona después el ambiente demasiado estrecho de la ciudad natal y la escuela del pintor Wohlgenut, demasiado elemental ya para él, a la que había llegado gracias a su perseverante instancia y a su señalada aptitud para el dibujo. Durero se sentía irresistiblemente atraído por los maestros de la escuela renana, y Martín Schongauer, de Colmar, constituía su ideal. Cuando Durero llegó a Colmar había muerto ya Schongauer.

Después de varios años de viaje retorna a la ciudad natal, y en 1494 contrae matrimonio con la hija de una familia burguesa de la misma, Agnes Frey—«su Agnes»—, cuyo retrato juvenil se encuentra también en Viena, lo mismo que diversas representaciones de la «nuremberguesa», magníficos estudios de indumentaria en los que Agnes aparece en casa, en la iglesia y bailando. La mujer del maestro ha debido de ser extraordinariamente ahorradora y muy ducha en los negocios mercantiles. El humanista Pirkheimer, un íntimo amigo de Durero, se atreve incluso a pretender que ella, con su continua incitación al trabajo, ha sido la causa de la prematura muerte del artista.

Alberto Durero pasó dos veces los Alpes en dirección a Italia y ambas huyendo de la peste. La majestad del mundo alpino le conmueve profundamente. Durero contempla, estudia, copia y sobre todo se satura de ideas e impresiones que prestan a su nuevo arte líneas más sencillas y precisas y una forma mucho más plástica. Como fruto visible de su segundo viaje a Italia, el maestro trae el cuadro *La fiesta del rosario*, que hoy se guarda en el convento de Strahow, en Praga, y a su regreso comienza los preparativos para pintar el altar de Heller, destruido en 1729 en el incendio de la Galería de Munich. Pero de este altar nos quedan en Viena los estudios de ropaje y las *Manos en plegaria* de uno de los apóstoles: un dibujo a pincel, en blanco y negro, sobre papel preparado con un fondo azul, que pone de manifiesto no sólo singulares conocimientos anatómicos, sino, y sobre todo, la maestría con que el pintor domina la expresión de los estados anímicos. En esta lámina impresionada más aún que la fidelidad del dibujo la exacta reproducción de un ademán que nos habla de plena y absoluta confianza.

En su *Teoría de la proporción*, Durero aconseja:



Manos en plegaria

«No te apartes en tus cosas de la Naturaleza, pues te engañarías si pensases encontrar algo mejor fuera de ti mismo.» El maestro se declara partidario de la Naturaleza y no desdeña el aproximarse a ella con el compás y con el módulo, y la Naturaleza le ofrece, en trueque, la abundancia de sus temas, que tanto en lo minúsculo como en lo de mayores proporciones dan siempre testimonio del ensimismamiento del artista en su idea y de la total consagración a su trabajo. «Porque el arte se encuentra en la Naturaleza, y aquel que sabe arrancárselo, llega a poseerlo.»

La obsesión de profundizar en la verdad le lleva a representar al ser humano siempre de maneras diversas y a reproducir con una sorprendente fidelidad las criaturas todas del mundo animal y vegetal. ¿Quién no ha sentido, por ejemplo, la tentación de acariciar el plástico cuerpo de su conocido *Lebratillo*, en el que no falta ni un pelo de la piel, de las pestañas o del bigote, ni se echa de menos el más pequeño detalle de las uñas? Y en la *Lechruza* de redondos y tranquilos ojos contemplativos y de esponjado plumaje, ¿quién no siente bullir también la vida auténtica? ¿Quién no ha admirado la perfecta coloración del *Grajo azul* que yace muerto y con las plumas todas en una postura de sorprendente realismo?

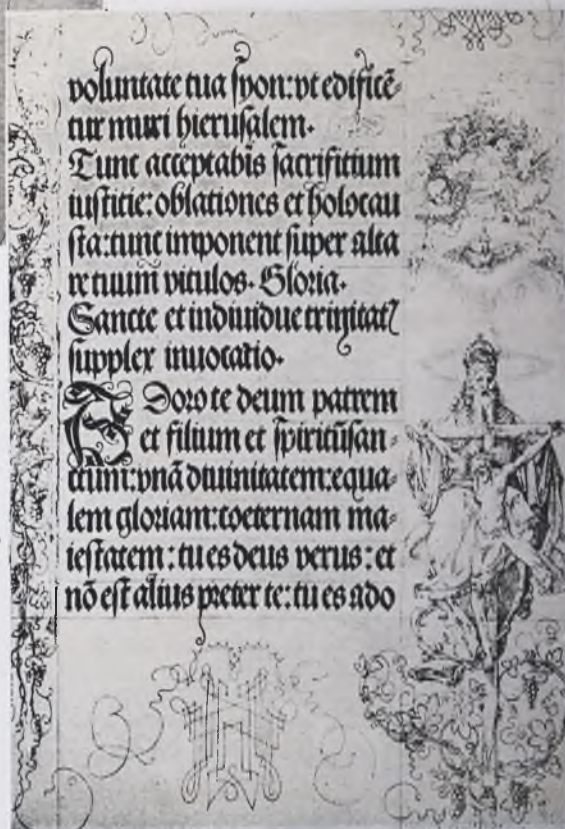
Alberto Durero fué el tercero en una serie de dieciocho hermanos. Aunque él mismo no tuvo hijos de su matrimonio, es considerable el número de xilografías, de grabados y de cuadros en que trata, bajo una u otra forma, el tema de la maternidad. Una vez que hubo realizado los grabados del Apocalipsis y de la *Gran Pasión* y las láminas para la *Pasión Verde* — denominada de este modo a causa de la coloración del fondo—, durante los años 1502 a 1504, y más tarde en 1510, se dedica con gran entusiasmo a las xilografías de la vida de la Virgen, tan llenas de humanidad y de alegría y que tanto nos enseñan respecto a la arquitectura, a la indumentaria y a las costumbres medievales. Este trabajo se inicia con el dibujo a pluma coloreado que representa a *María con los animales*, una auténtica y luminosa estampa primaveral en la que la Virgen constituye el punto central, con un Niño Jesús pleno de salud y rebosante de júbilo. Esta preciosa lámina, custodiada hoy en Viena, sólo es comparable, en



Retrato de Agnes Frey

«Un evangelista» (Musco de Munich)

Dibujo para el devocionario del Emperador Maximiliano



cuanto a profundidad de sentimiento y a jocundo atractivo, con el dibujo a la acuarela del Niño Jesús con la bola del mundo en la mano, que se guarda también en la Albertina.

Cuando Durero asiste a la Dieta de Augsburgo en compañía de otros ciudadanos de Nuremberg, el Káiser, su señor, le sirve de modelo «sentado en su sillita, arriba en el castillo». El primer boceto de este cuadro de Maximiliano I es un dibujo al carbón que hoy se encuentra en Viena.

(Continúa en la página 66)

María con los animales



Un "Intermezzo" en la desaparición de LESLIE HOWARD

Por CARLOS SENTIS

ESTA próxima temporada todavía se proyectará en los cines españoles una última película inédita de Leslie Howard.

Extraña contradicción el título de esta película póstuma y definitiva: *Intermezzo*. Pero, sin embargo, intermedio viene a ser movimiento y su vida ficticia entre el recuerdo, que ya es losa fúnebre, del actor más intelectual de la cinematografía mundial.

Reaparición, sombra móvil de lo que ya no existe... Yo acabo de ver este film, que consigue ahora, muerto el protagonista, ser mucho más melancólico de lo que pretende, con su argumento amasado con música de violines. A lo largo de este film, Howard presenta un aire decadente y un si es no es desmayado, que después de tratarle bastante durante su estancia en Madrid, pude ver que era en él consustancial. Ciertamente, su muerte no se podía prever, puesto que fué tan accidental. Pero por eso justamente es más curioso recordar que algo en él estaba exhausto y que algo en él anunciaba un final.

Arrellanado, desde el fondo de su butacón, me dijo:

—Poco voy a trabajar ya como protagonista de films. En adelante trabajaré casi exclusivamente como director. Los focos eléctricos me devoran lentamente—terminó diciendo quien había de morir horas después fulminado por los focos de una ametralladora.

Cuando vino a Madrid acababa de interpretar un film biográfico del ingeniero Mitchel, inventor del «Spitfire», cuya vida se consumió implacablemente. ¡Alucinante papel para él! Todo eso se podía leer en sus ojos claros hundidos en rubias pestañas y encajados en piel casi transparente, donde había como impregnada una despedida. ¿Será verdad que a veces los predestinados llevan escrito su próximo fin en el rostro? Háblase de esta expresión en muchos soldados poco antes de entrar en combate. Es posible que no siempre se hable de eso *a posteriori* y que no siempre esto sea leyenda efectista y fácil. Algo en él parecía ya morir antes de que el «Douglas» picase a lo vertical sobre las aguas del golfo de Vizcaya. ¿Es la guerra quien le roía internamente? Hay hombres a quienes la guerra mata

lentamente, sin balas ni fogonazos, de pura melancolía progresiva.

Bien distintos son los tipos humanos o psicológicos; pero las características de la muerte de Howard le asocian irresistiblemente en mi mente a Chiappe, el corso y famoso jefe de Policía de París. También con Chiappe estuve pocas horas antes de que su avión cayese derribado por la ametralladora en el mar de Sicilia. Sin embargo, en la noche anterior a su muerte aérea, Chiappe no tenía ningún aire de predestinado. Estuvimos de sobremesa en el restaurante que el *gangster* y corso Carbone posee en la rue Beavan, de Marsella. Tomó su Chablis y se brindó entre familia—Carbuccia a la cabeza—para el viaje aéreo a Siria, de donde ya era gobernador general *in partibus infidelibus*. Su rostro sanguíneo tenía también algún cansancio, pero sin pizca de melancolía.

En cambio, en Leslie Howard, cuando con una infusión de vino con frutas brindó para un tan parecido viaje aéreo, había en su aire y en su voz toda la melancolía y la gravedad que momentos antes en el entarimado había puesto en sus recitaciones del *Hamlet*, tan sorprendente como todas sus famosas interpretaciones shakesperianas en el teatro o en el cine.

El auditorio le había seguido cerrando los ojos en arrobamiento casi místico. Con las manos en los bolsillos de la americana azul, que cubría un cuerpo tallado en esquema, como un perchero, cambiaba el registro de su voz haciéndola opaca en el segundo verso:

*To be or not to be
That is the question*

Ante la reaparición tan cinematográfica como falsa de Leslie Howard esta próxima temporada, sabemos demasiado que estos versos, que cuadran tan exactamente a un actor cinematográfico, siempre un poco vivo después de muerto, se imponen tajantes en nuestra mente a la ilusión o ficción de un *Intermezzo*.

Intermezzo



Ha sido estrenada con éxito muy lisonjero, y pronto dará la vuelta al mundo, la película «Intermezzo», que es la última en que fué protagonista Leslie Howard. Los críticos más exigentes coinciden en el elogio de este film, que ilusionaba mucho a Leslie Howard, como él mismo contó durante los días en que fué huésped de España y mostró disposiciones tan amistosas hacia nosotros. Nunca como ahora tiene sentido la frase: «Ganar batallas después de muerto».



Y Intermezzo



Protagonistas
Director
Productor

LESLIE HOWARD
INGRID BERGMAN
GREGORY ROTOFF
DAVID O. SELZNICKS

DISTRIBUIDORA CHAMARTIN





Las casas enfundadas

Amo estas casas del verano, sumidas en el tornaluz de las persianas echadas. Se me antojan como un jardín interior mientras el sol juega una ilusión de follaje dibujando líneas en el suelo. Amo estas casas del verano por su soledad, por sus muebles distanciados, por esa des-



compensada quietud y por ese elegante vacío que tienen. Existe la ausencia de la muerte, dramática y lúgubre, que nada tiene que ver con esta ausencia de las casas en el verano, más alegre, esperando un retorno feliz. Están abandonadas a un descanso, suspendido el uso y la obligación de cada cosa, volviendo a coger su puesto de siempre. Es la perfecta vacación de las puertas de los armarios, del azogue de sus espejos y de sus camas levantadas. Ha terminado el atroz sobo que vejó los mil objetos cotidianos y el chorro de la fuente del cuarto de baño juega su máxima aventura cañerías adentro.

Existe siempre la rendija del balcón mal cerrado por donde se inmiscuye en el salón solitario la mejor luna de agosto, y por donde también se esparce confusamente el rumor de la próxima verbena.

La tormenta inesperada baquetea la ventana del más oscuro rincón.

Por la rendija de la puerta ha pasado el último periódico repartido antes de la suscripción del traslado, ese periódico que a la vuelta del veraneo ofrece las noticias más anacrónicas y los presagios fallidos.

A lo largo del pasillo ha quedado extendida la cinta del timbrazo fuera de día, que ha resonado sepulcral y seco.

La casa está deshabitada y ya no maúllan los gatos misteriosos del atardecer, y por no pervivir en esa espectral soledad, la existencia casi mecánica de las plantas verdes ha emigrado a otras partes. Queda estático, preparado para una conmemoración, el calendario en la hoja del día incisivo de la partida.

*

Una de las mejores emociones del verano en las ciudades no veraniegas es asomarse a los patios silenciosos, en los que ha



crecido alto un ciprés invisible. Un algo mohoso, de herrumbre, de siesta continuada, se apodera de ese patio, en el que sólo suena el quejido de nuestra ventana recién abierta.

Transitemos por los salones sin familias aturdidas, con su entonación de ausente y presente, de alma que se ha escapado.

Es allí, junto a las sillas enfundadas, las pantallas envueltas (luz sideral que traspasa la espesa tela), junto a los cuadros amortajados, es allí en este amplio reposo cuando el espíritu vuelve a la clara sensación del tiempo, del verano que transcurre, del otoño que se nos viene encima.

MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS



M O D A S

Al sombrero que esta modelo exhibe, Vogue le ha puesto como fondo uno de los cuadros más famosos de Renoir. Este pintor embelleció a sus mujeres con sombreros que son en verdad una delicia, y en ellos se ha inspirado el autor del modelo que Vogue lanza de modo tan original. Verdaderamente,



esta muchacha, con su traje
sastre, sus rosas artificiales
y su velo graciosamente anudado
bajo la barbilla, y esta otra,
con la gracia de su sombrero
rosa y negro, hubieran estado
muy bien y en su ambiente propio
entre esas otras muchachas de
«Le déjeuner des canotiers»







Anna Lee pequeña y

llameante, es siempre Anna Lee.

Ha desempeñado recientemente el papel de Mascha en el film «Hangmen

Also Dies». Anna luce un adorno de cabeza de hortensias y camelias.

Puede llevarlo por ser quien es; pero con un poco de audacia pueden llevarlo también muchas. Claro está que se necesita previamente un peinado de rizos que le vaya bien a este adorno, como

también un traje de noche que parezca casi inadvertido, para que el tocado lo sea todo o casi todo.

Bettina Bolegard

Sobre gustos nada hay

escrito, fuera de millón y medio de volúmenes.

Sobre el gusto de Bettina Bolegard, va habiendo literatura en muchos países y no pocos idiomas.

Merece Bettina este homenaje por sus aciertos.

He aquí un sombrero de flores y frutas, en el que van juntas la discreción y la ligereza.

Recuerda a los prendidos de cabeza que se usaron en los días del Romanticismo, que no acaba de morir del todo. Nos gustan esos racimos ensanchados, envueltos en rosas



LIBROS

Por J. A. DE ZUNZUNEGUI

EL MILENARIO DE CASTILLA Y LOS LIBROS

Celebramos el hecho de constituirse Castilla la Vieja, hace ahora mil años, en Estado independiente y libre, rompiendo los lazos del vasallaje feudatario que en su prístina autonomía le ligaba a los reyes de Asturias y León. Este hecho llega con sus consecuencias hasta nuestros días, y perdura con tal vigor su realidad, que sólo a este concepto inmanente responde el espíritu informador del milenario que ahora festejamos.

Castilla independiente, y tal como salió de las manos de su primer soberano, el conde de Fernán González, comprendía estas tierras: las Encartaciones de Vizcaya con el enclave de Orduña; Santander; la parte occidental de Alava y algo del mediodía; las tierras de Aguilar de Campoo; la parte de Valladolid y Palencia situada entre Palencia y el Duero; la provincia de Burgos; el territorio de Soria de la margen derecha e izquierda del Duero.

Su cabeza y centro en lo político y en lo religioso fué Burgos. Este fué el núcleo inicial de Castilla, que más tarde había de irradiar a toda España hasta tierras de Córdoba y Sevilla.

El Condado de Fernán González, convertido en reino de Castilla, se extiende por el centro de España, del Cantábrico al Mediterráneo, incorporando los reinos de uno y otro mar y haciendo otra vez la unidad española creada en tiempo de los visigodos.

El poeta del siglo XII, autor del poema de Fernán González, lo dice así, atribuyendo el mérito a los hijos de Castilla:

*Pero de toda España, Castilla es lo mejor,
Porque fué de los otros el comienzo mayor;
Aun Castilla la Vieja, a mi entendimiento,
Mejor es que lo ál, porque fué el cimiento,
Bien lo podéis ver en el acabamiento.*

Con motivo de este milenario de la independencia castellana, vamos a hablar con el idioma de la vieja Castilla del poema de Fernán González y de un libro de América: el *Buenos Aires*, de Aunós. Ida y vuelta en el viaje de nuestro preclaro y universal romance.

★

Prueba singular de la convivencia de los elementos populares con los eruditos es el poema de Fernán González, especie de transición y transacción entre el mester de jodelaría y el de clerecía.

Este poema de Fernán González, dedicado a cantar al héroe de la independencia castellana, debió de ser escrito entre 1255 y 1271.

En la Crónica general se hallan varios tipos de cantares profanizados; uno de ellos es éste de Fernán González, innovación erudita que aplicó la cuaderna vía al cantar de gesta.

Principia el poema con un preámbulo de carácter histórico, desde la aparición del cristianismo en España hasta la caída del Imperio visigodo, siendo de observar que no refiere la leyenda de la Cava, sino que explica la derrota de don Rodrigo por la venganza de los partidarios de Witiza, que se valieron del conde don Illán; narra luego la historia de la reconquista hasta los jueces de Castilla. Fernán González, criado en un monte, sin saber su origen hasta la edad juvenil, viene a librar a Castilla de la opresión. Pelea contra Almanzor en Lara y en Hacinas y contra el rey don Sancho de Navarra, que muere en la Era Degollada, así como el conde de Tolosa. El rey de León don Sancho Ordóñez llama a Fernán González a las Cortes, donde acude, aunque de mala gana, porque «era muy fuerte cosa la mano le besar». A esta altura se cita la anécdota de la venta del azor y del caballo, que el de León había de pagar al de Castilla a plazo fijo, y en caso contrario, por cada día que pasara se doblaría el precio; olvidado Sancho, cuando quiso pagar la deuda no tenía dinero suficiente y hubo de resignarse a conceder en cambio la independencia de Castilla. La reina de León, her-

mana del muerto Sancho de Navarra, propone a Fernán González su casamiento con su sobrina doña Sancha; el de Castilla, desprevenido, como el que va a bodas, es preso por los navarros y llevado a Castroviejo. Un conde de Lombardía, sabedor de su injusta prisión, habla con la infanta doña Sancha; ésta, arriesgando su vida, lo saca de la torre y huye con él a Castilla. En el camino, los fugitivos, refugiados en la espesura de un monte, encuentran un arcipreste que se atreve a poner por precio a su silencio la honra de la infanta, y muere a manos del conde. Los castellanos celebran la libertad de Fernán González y sus bodas con grandes fiestas. Los navarros son vencidos otra vez por los de Castilla, y su rey, prisionero en Burgos por doce meses, es libertado por su hermana doña Sancha. En Valpir vuelve a ser derrotado el navarro, porque

*Quiso Dios al buen conde esta gracia hacer:
que moros nin cristianos non le podían vencer.*

Abundan en este poema los rasgos característicos de los cantares de gesta y parece ser una versión erudita, probablemente de un monje de Arlanza, de la leyenda del famoso conde que darían los juglares de la época.

BUENOS AIRES

DE EDUARDO AUNÓS

(Editorial Mediterráneo-Madrid)

Hay dos maneras de tomar a una ciudad: con amor, doñadoramente, o de modo objetivo, profesoral y frío.

Aunós, hombre mediterráneo, lo ha hecho a la primera manera, enamorada. Así ha cercado con su pintoresco verbo la capital del Plata.

Ciudad incentivadora es Buenos Aires, tales son los piropros y requiebros que arranca de la paleta abundante de nuestro escritor. Decimos paleta y no pluma porque en Eduardo Aunós es el color y no el dibujo quien organiza sus mejores acordes en el canto y encanto de sus dítirambos.

Todo el libro es una loa ininterrumpida y lírica a la historia de la ciudad, desde aquel día 21 de mayo de 1534 en que es otorgada en la Imperial Toledo a don Pedro de Mendoza una capitulación donde se especifican las recompensas que obtendría por «servir al acrecentamiento de la Corona real de Castilla, conteniendo sus deberes de «poblar las tierras y provincias que hay en el río de Solís, que llaman de la Plata, y por allí calar y pasar la tierra hasta llegar a la mar del Sur».

Desde esta capitulación de 1534, que es como el verso primero del gran poema de la colonización española de América, hasta la actual y populosa urbe de Buenos Aires, cuánto camino recorrido, qué alteraciones en su desarrollo y fisonomía, qué vacilaciones y luchas en la formación de esta ciudad, salida de la costilla de España, hasta su actual fortísima y encantadora personalidad de uno de los primeros conglomerados del mundo.

Llevados de la mano de nuestro gran escritor, asistimos al primer Buenos Aires y a su desaparición. Más tarde vemos cómo fracasan los intentos de reanimación en 1544, en 1570 y 1572.

En 1552, el propio Irala, que mandó la retirada del resto de la primera fundación, envía desde la Asunción dos bergantines al mando del capitán Juan Romero, con orden de establecer una ciudad cerca del Atlántico. En 1559 se despacha desde España una expedición a las órdenes de Jaime Rasquini, que llevaba el encargo, expreso en capitulación de 30 de diciembre de 1557, de fundar «cuatro ciudades en este río, sino también pueblo en la costa de Brasil, dentro de la demarcación de Castilla, que dice el San Vicente, y otro en Viaca, por otro nombre Puerto de los Patos». Pero todo fracasa hasta que el adelantado Ortiz de Zárate instituyó legataria universal de todos sus bienes y derechos a su hija doña Juana, habida de una descendiente del inca Atahualpa, Leonor Yupanki, y albaceas y ejecutores tes-

[Continúa en la página 67]

Cuenta vieja

DONDE LAS DAN, LAS TOMAN, O CALLAR, ES BUENO

A propósito del verano y de las vicisitudes que en él suelen pasar en Madrid los calumniados maridos, viene a mi mente el recuerdo de cierto consorte que al principiar los calores estivales recibía múltiples y minuciosos consejos de su media naranja, en vísperas de emprender su viaje a nor-teñas y lluviosas playas, acompañada de reducida prole, aunque sí la suficiente para que un matrimonio modelo y conven-cido de sus deberes y obligaciones de progenitores, haga el consiguiente sacrificio económico, a la par que molesto y des-consolador, si se considera lo que supone estar separados una temporada, que, por pequeña que sea, siempre parece larga e inacabable, todo por proporcionar grato solaz y saludable es-parcimiento a los hijos, en beneficiosas vacaciones. Tamaña ausencia, de otro modo, no podría soportarse.

Erán los protagonistas de nuestro cuento, más bien verí-dica historia, dos de estos seres que comparten de octubre a julio todas las alegrías y penalidades de un matrimonio bien avenido, entendiéndose por tal aquél en que la mujer es lo suficientemente discreta, sufrida y comprensiva, para darse cuenta, respecto al marido, de cuándo conviene no darse cuenta. El procedimiento es muy sencillo y de sobra conocido para que desvirtuemos nuestra narración y explicaros en qué consiste. Quizá, bondadosas mujercitas, lo ignoréis de recién casadas, si vuestro marido os quiere y es hábil, sobre todo esto último, porque si carece de tan elemental y útil condición, os será más difícil disimular, andando el tiempo, e intentar no daros por enterada. No olvidar, amables lectoras, que yo nunca dejo de reconocer que, pase lo que pase y suceda lo que suceda, él en el fondo—lo superficial siempre engaña— os quiere; pero... se queda tan solito los veranos... y la soledad es tan mala consejera...; porque otra cosa es la «Sole», que no es mala chica.

La «Sole» servía en casa de nuestros amigos, y por el cari-ño que de antiguo les tenía, estaba preocupada y entristeci-da, estado de ánimo que aumentaba en razón inversa a como se aproximaba la fecha señalada para el viaje. Tres meses sepa-rada de aquellos niños a quienes quería como si fuesen su-yos. Y la señora, tan buena. Además, era la primera vez que a

su cuidado quedaba la casa. El señor, hartó tenía con luchar diariamente en la vida para proporcionarse el sustento de to-dos, problema que se complicaba en el estío, pues era preciso obtener mayores ingresos para hacer frente a tanto gasto y a los extraordinarios que requería el pasarlo menos mal en Madrid, donde en la canícula, sin saber por qué, surgen como por encanto los compromisos y las cenas obligadas, a pretexto de iniciar futuros negocios..., a las que irremisiblemente nues-tro socio suele asistir acompañado de dos monísimas amigas, que se ha visto obligado a invitar, no teniendo en ello reparo alguno ante lo inocente del caso.

Todo eran recomendaciones mientras precipitadamente se recogían los mil cachivaches acumulados durante el invierno, guardándose entre naftalina las mantas y ropas en desuso, cubriendo con sábanas cuadros y lámparas, y, en fin, llevando a cabo todas esas labores propias de semejantes circunstancias, que al término de la jornada, agotados músculos y nervios de cuantos en ellas intervienen, se encuentran desagradablemente sorprendidos con que parece ser que hay más por guardar que cuando se comenzó y forzoso es pensar en la generación espontánea. La «Sole», muy en su papel por la confianza que en ella se depositaba, ponía sumo cuidado multiplicándose en cuanto hacía y estereotipar en su cabeza los cientos y cientos de encargos que se le daban, para procurar no olvidar ninguno y cumplirlos lo más fielmente posible; En ausencia del señor no debía abrir la puerta a nadie, pues continuamente se oyen decir cosas que horripilan; a los inoportunos presentadores de facturas, guerra sin cuartel, pues bueno fuera pretender co-brar lo que cristianamente se les debe, con los gastos que ha sido preciso hacer para veranear; si el portero tiene el audaz atrevimiento de intentar cobrar el recibo de la casa, ha de convencerse de que cualquier hora es inadecuada para molestar al señorito con tanta desconsideración, y total porque hace cinco meses que no se paga el alquiler; ¡pero, quién se habrá creído que son los señores! ¡Ah!, y sobre todo ser considerada en la compra, no porque se dude que no ha de poner su mejor voluntad. Tal vez sea preferible que el marido, para romper un poco la monotonía del día y también para que no olvide cómo se suma, por si alguna vez se le presenta la oportunidad de tener algo que sumar, donde hasta ahora únicamente se resta, le tome la cuenta. Se inicia una ligera protesta por parte de aquél, que se desvanece ante la suplicante, sapientísima e inquisidora mirada de la mujer y queda sentado, sin ningún género de dudas, que tan pronto como quede solo con la domés-tica comenzará su fiscalizadora y diaria, sí que también noc-turna tarea.

Sofocantes los días del mes de julio, llegan lentos y achicharrantes los agosteos, y las cuentas que, cual viejas acurru-cadas por la tirazón de los años, comenzaron modosas, no re-basando, con todos los gastos incluidos, la simpática cifra de treinta y tres pesetas con noventa y cinco céntimos un día con otro, quizá a causa del calor van dilatándose como por encanto, y tal vez por competir con los grados del termóme-tro, alcanzan sumas astronómicas. Hoy es que ha habido que traer aceite; mañana, azúcar; otro día, probablemente, las pa-tatas que dan en la tienda...; pero lo cierto es que el tiempo transcurría más de prisa de lo conveniente y cuando regresase la familia se iba a sospechar que el marido se había pasado al enemigo, que el enemigo era la «Sole», y que como la «Sole», así, vista despacio y en verano, no estaba mal..., surgirían com-plicaciones y dudas que a todo trance era preciso evitar y desvanecer.

Había que concebir rápidamente un plan y ponerlo en eje-cución sin causar enojo a la «Sole». ¡Pobre chica, pues no fal-taba más! Pero, cádate que como el magín Dios nos lo dió para utilizarlo en las ocasiones, nuestro buen hombre, des-pués de mucho meditarlo, lo pone en funciones y muy cuerda-mente discurre que la «Sole» tendrá también sus extraordina-rios en verano y que es lógico se busque igualmente extraordi-narios ingresos con que atenderlos, ya que sus catorce duros de sueldo, por muy duros que sean, poco dan de sí, y ella, piz-pireta y aventajada, sin que se pueda decir nada que la per-judique, usa medias de seda, zapatitos todo lo monos que pue-den ser unos de coja que ella tiene; buen bolsillo de maleta, va-



cío, pero grandecito; se pinta las uñas, los labios, y como ella sola para presumir, amén de sombrearse un poquito las ojeras, y no le faltan sus clips de bisutería fina, y menos los pendientes de pasta en las diminutas y sonrosadas orejas.

Aquella noche examina con más cuidado las cuentas e inquiera de la chica amplias explicaciones del porqué haber traído huevos como el día anterior, asperón otra vez, uvas cuando las de ayer quedaron en el frutero, máxime después de haber advertido que aun no eran buenas y estaban sin madurar. Nada; allí había gato encerrado, y sin temor a formar un juicio aventurado, podía asegurar que la muchacha, tomándose más confianza de la conveniente, con franqueza, sabía, pero encontraba bochornoso insinuársele, y menos hacerla comprender que lo había notado, para que se moderase hasta corregirse. Motivo de grandes cavilaciones fué encontrar remedio adecuado a tan graves infortunios casero-veraniegos; pero hallada la panacea, hubo de ponerla seguidamente en práctica e ideó que lo más sensato era restar en vez de sumar la cuenta de la plaza. Expliquémonos: la cuenta parecía vegetal deshidratado al contacto, nuevamente, de acuoso líquido, y de día en día subía como la espuma, pues sencillamente, al sumar las columnas, se hacía comprender a la «Sole» que se había equivocado en tan elemental operación, y como no tendría muy tranquila su conciencia, daría por bueno el resultado. Hubo la obligada y natural disculpa, después de tratar de convencer al señor de que tenía la casi seguridad de que había sumado ella bien y que lo gastado en la plaza, más lo que la quedaba en su bolsillo, hacía el total de la cantidad que para la compra le entregara el día anterior. Pasado este primer bache sin grandes dificultades, a la noche siguiente fué más fácil hacer la operación, porque sin tomarse la molestia de discutir con la fórmula, así, por las buenas, de golpe y porrazo, le rebajó tres pesetas, al otro día una y continuó con esta táctica de reducción hasta lo inverosímil, apenado de no haberla puesto antes en vigor, convencido de que aquella mosquita muerta, desde julio, estaba haciendo su agosto y a saber qué hucha tendría a su costa. Se frotaba las manos de gusto pensando en la cara de satisfacción de su mujercita cuando se enterase del plan estratégico llevado a cabo para sisar a la cándida doméstica, en defensa legítima de intereses propios. La «Sole», algunas veces, pocas por fortuna, se atrevía a objetar en su favor; pero una mirada de inteligencia del señor, sostenida con acritud, la paralizaba, renunciando a continuar. En medio de todo, era curioso ver cómo estas chicas pierden todo pudor y quién sabe, si no se las contuviese, de lo que serían capaces. Era demasiado, y tal desfachatez merecía un castigo ejemplar. Intencionadamente, mientras saboreaba el café y una copita de anís, pues la noche que no salía de casa se permitía semejantes lujos burgueses, se puso a revolver unos papeles en la mesa, y en el abigarrado conjunto de los cigarrillos, ceniceros, cuartillas, cucharilla, copa y taza, dejó al desgaire calderilla y unos cuantos billetes que en total sumaban cuatrocientos cincuenta y siete pesetas con setenta y cinco céntimos, cantidad que tuvo la precaución de anotar previamente, y como quien no quiere la cosa, se retiró para acostarse, dejando todo en tal estado. A la mañana siguiente, afectando igualmente distracción, abandonó la casa y se fué a la calle a sus cotidianos quehaceres, acariciando el triunfo de su lucubración diabólica. Regresó malhumorado al mediodía, y llamada estentórea a «Sole», haciéndola responsable de haberse ido sin dinero por no haber cuidado ella de recogerlo de la mesa la noche anterior. Petición fingiendo energía y alegato de que no sabía qué cantidad exacta era la que por olvido quedó en el comedor, pero que haciendo cálculos, creía que serían, por encima, unas seiscientas pesetas alrededor. Se ausenta la chica y al instante aparece con seiscientas veinticinco pesetas en billetes en la mano, y el señor, con gran asombro, pero decidido y audazmente, extiende la suya, cuenta el dinero y lo guarda para sí con naturalidad, ante los ojos, no menos asombrados, de la «Sole».

El veranillo de San Miguel, con su calor picante y mortecino, ha pasado y ya pocos son los rezagados. La esposa modelo regresa con unos cuantos kilos más en el cuerpo, motivo de preocupación invernal hasta conseguir dejarlos en el transcurso de los meses y recuperar la línea que, por lo que a la vista salta, es la de circunvalación. Los niños han hecho acopio de salud y de salvajismo, pero todos tan ricos, que otra vez nos encontramos ante una familia lo que se dice feliz, si no profundizamos mucho en las andanzas del esposo, quien para esquivar posibles preguntas indiscretas de su queridísima costilla, aprovecha, como conversación salvadora, la de informar a su mujer de las tretas inexplicables que le ha hecho la sirvienta



y que dejan estupefacta y boquiabierta a la atónita señora, pensando en su inmediata sustitución, tan pronto como pueda, pues no es problema fácil de resolver. Llega la «Sole» en pleno coloquio, el marido hace mutis y prudentemente desaparece, y la señora, aparentando indiferencia, indaga amistosa cómo ha pasado el verano, si ha tratado bien al señor y, por último, la charla es llevada habilidosamente a tratar la eterna caución de toda ama de casa. Los cuantiosos gastos que hoy hay que hacer para vivir, como siempre, desde que el mundo es mundo, y que todo se lo lleva el comer. Esta coyuntura es también aprovechada con suspicacia por la «Sole», y cuando la señora se propone abordar el tema por derecho, la muchacha, saliendo al encuentro y anticipándose, muy respetuosamente ruega se la disculpe y no se la tome en consideración si al expresarse dice alguna inconveniencia; pero es que una no sabe hablar como la señora y menos, si llega el caso, defenderse. Claro es que, desde luego, la vida está muy cara; pero, al fin y al cabo, los señores cuentan con medios para hacerle frente; pero una es pobre y a fuerza de miles y miles de sacrificios y honradamente se consigue hacer algunos ahorros... Pausa. La señora empieza a alarmarse ante las disculpas prematuras y la turbación de «Sole».

—Prosigue, hija, no dejes de contarme tus cosas por si en algo puedo ayudarte. ¡Será ladina!

—Pues el caso es que el señor, al principio, me consideraba tanto cuanto creo merecer y poco a poco notaba yo que dudaba de mis cuentas de la plaza, porque con disculpas, a las que por cortedad no me atreví a oponerme, comenzó a rebajarlas y, como digo, conformándome... a la fuerza, pasé por ello, hasta que un día dejó olvidada cierta cantidad de dinero en la mesa, suma que yo recogí, y al reclamármela con enojo al siguiente, no recordando el señor cuánto era, se la devolví con creces, y cuál no sería mi sorpresa al ver que, lejos de advertirme de mi error, dándose cuenta, se quedaba con lo que no era suyo, y entonces, aun comprendiendo que pensó que le sisaba, me aterró, pues la realidad me demostró que el señor fué quien, como dicen los de leyes, con premeditación y alevosía, me sisó a mí.

ALFONSO DE GABRIEL Y RAMIREZ DE CARTAGENA



El Caudillo y el Nuncio de S. S., monseñor Cognani, examinando el Códice del Mio Cid



El Jefe del Estado, acompañado de su esposa, visita la Exposición de lienzos antiguos en el Monasterio de Las Huelgas

ACTUALIDAD NACIONAL

Este número de VERTICE consagra gran parte de sus páginas a exaltar la celebración del Milenario de Castilla. No podía faltar en su sección de actualidad la expresión gráfica con que el Estado ha querido revestir solemnemente el trascendental recuerdo. Y más aún cuando ha sido el propio Caudillo quien con su presencia honró en la venerable capital burgalesa la milenaria conmemoración. Publicamos varias fotografías de los actos.

La histórica cabalgata conmemorativa del Milenario de Castilla, a su paso por las calles de Burgos

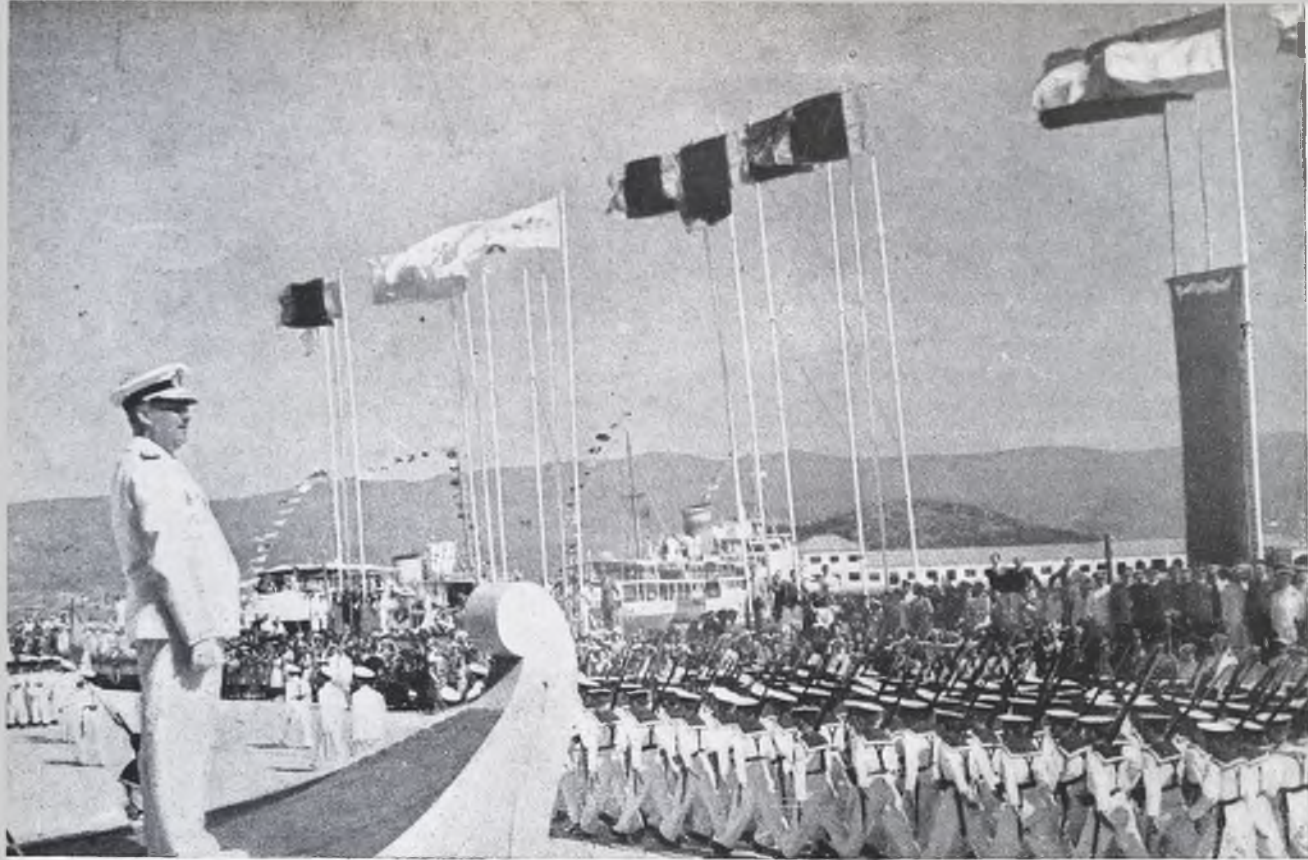


La reina del certamen poético en Burgos, con sus damas, en la presidencia del acto



La reina del certamen poético, señorita María del Carmen Franco Polo, saliendo del teatro Avenida del brazo del poeta premiado con la flor natural, Lope Mateo

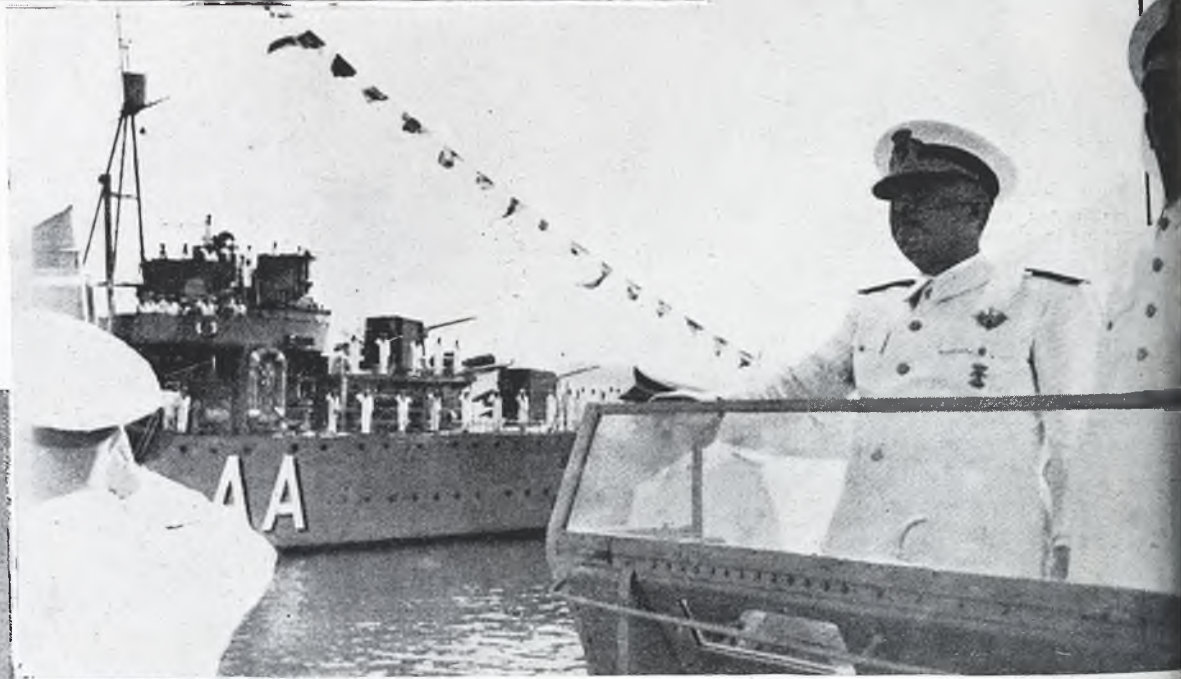
El ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, pronunciando su discurso en el certamen poético celebrado en Burgos bajo la gentil presidencia de la señorita María del Carmen Franco Polo, hija del Jefe del Estado



*S. E. el Jefe del Estado
en la inauguración de
la Escuela Naval de
Marín*

*El Caudillo, acompaña-
do por el ministro de
Marina, pasa revista a
la Escuadra*

*Jura de la Bandera en
los actos inaugurales
de la Nueva Escuela
Naval española*



GALICIA



El Generalísimo Franco y su esposa penetran bajo palio en el Monasterio de Samos (Lugo)



En La Coruña, y con animación extraordinaria, se celebra la visita a los barcos de la Escuadra



Credo, fe y fervor de España. Año Santo en la ciudad de Compostela



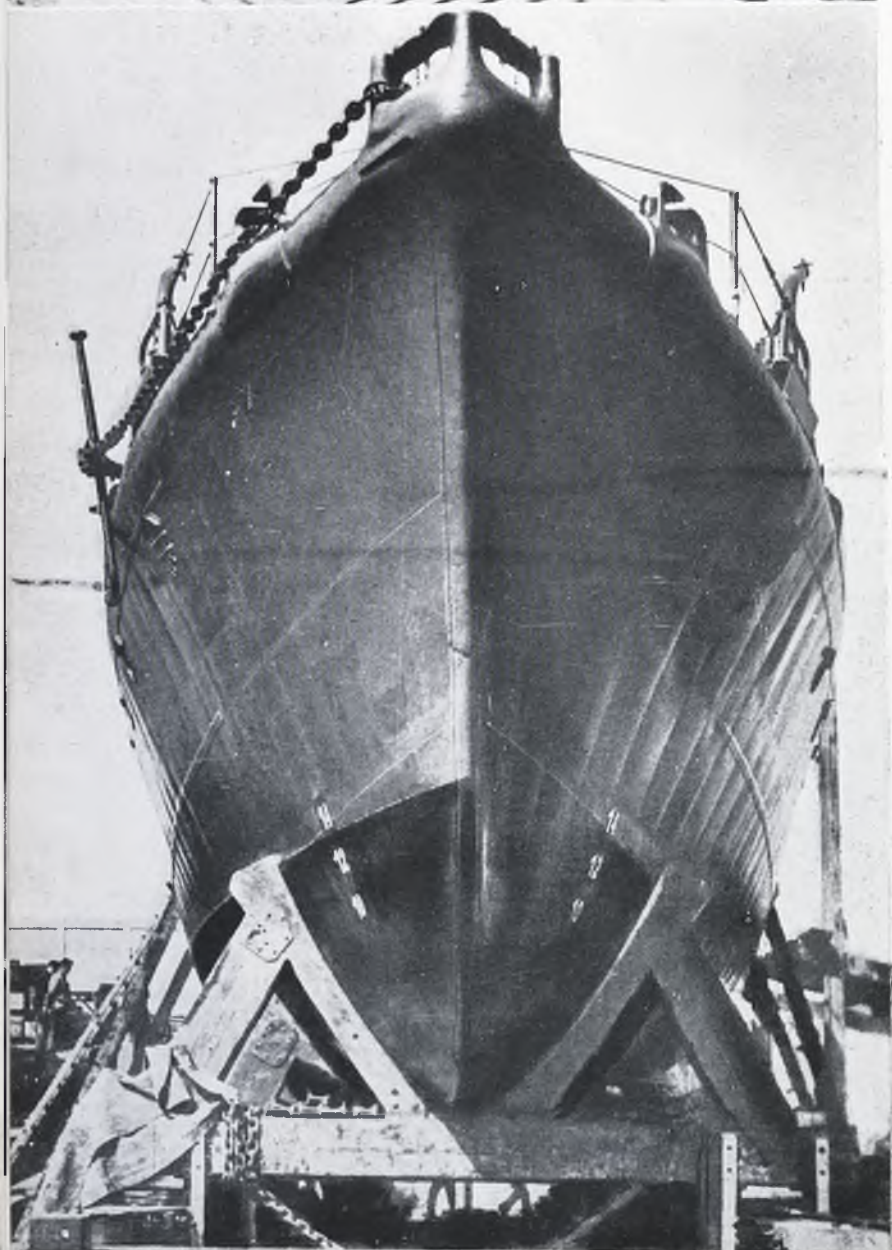
Por los bellísimos caminos de Galicia llega a pie hasta Santiago la peregrinación de la Falange



*Un grupo de granaderos alema-
nes avanza hacia el frente por
el difícil terreno de la selva de
Carelia*



*La artillería antiáerea vigila los
movimientos del enemigo*



*En los astilleros alemanes se tra-
baja incansablemente en la pro-
ducción de nuevos buques para
reforzar la Marina de Guerra
del Reich*



Tras largas horas de marcha, una columna de camiones de transporte que se dirigen hacia el frente, descansa unos momentos. Su reposo es custodiado por los cazas alemanes contra cualquier posible ataque enemigo



ALEMANIA

Al entierro del jefe del Cuartel General de la "Luftwaffe", general Jeschonnek, asistió el mariscal Goering. En la foto aparece en el momento de expresar su condolencia a los familiares del ilustre militar desaparecido

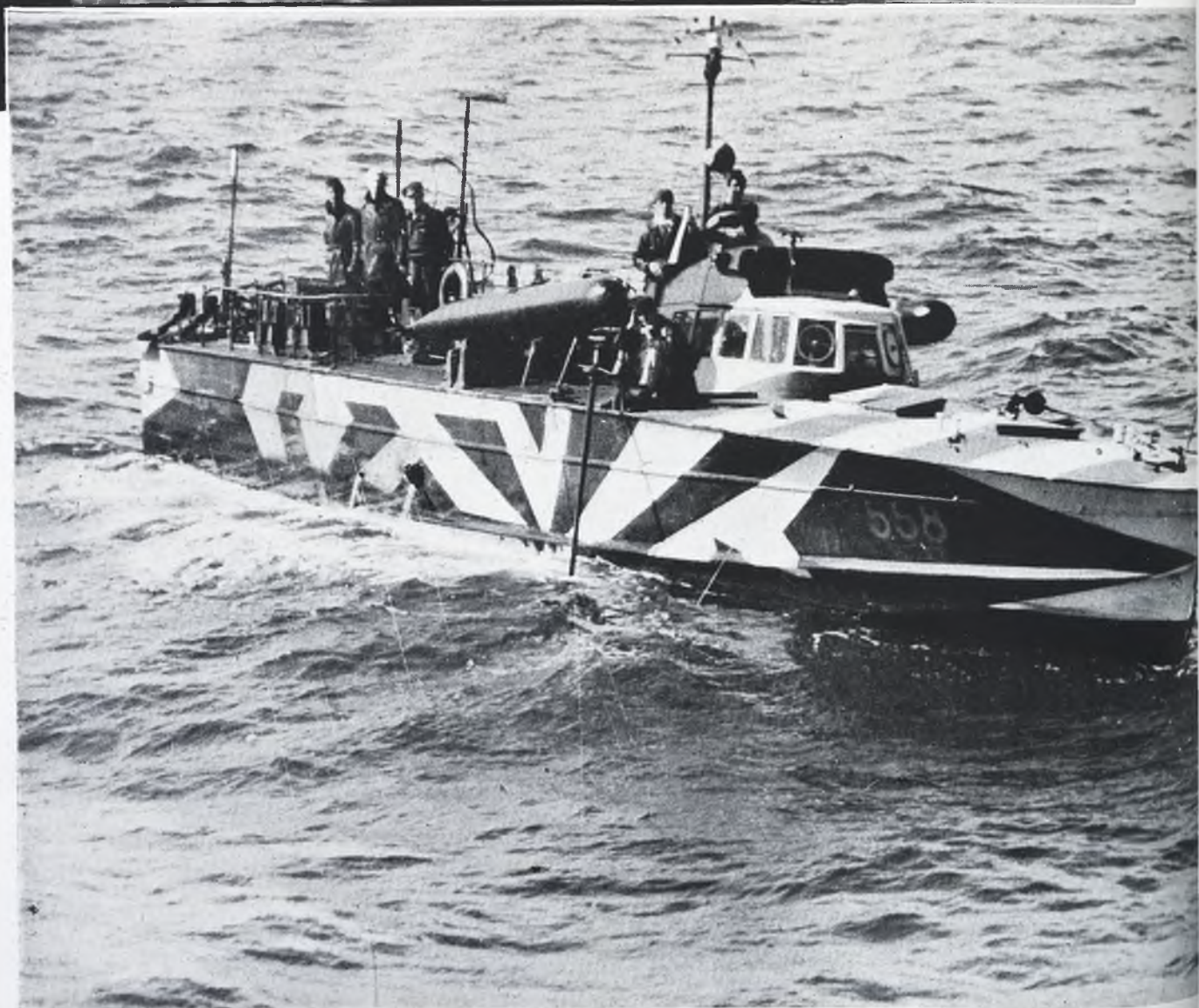
A pesar de su edad avanzada, el antiguo Presidente finlandés Svinhufvud continúa siendo un experto tirador. Aquí le vemos durante una competición deportiva entre ex combatientes, en la cual obtuvo el primer premio

Después de cada incursión, el personal técnico de tierra del arma aérea alemana prepara minuciosamente los aparatos, dejándolos en perfectas condiciones de emprender un nuevo vuelo





Pilotos de caza de las fuerzas aéreas italianas, prontos a levantar el vuelo contra el enemigo

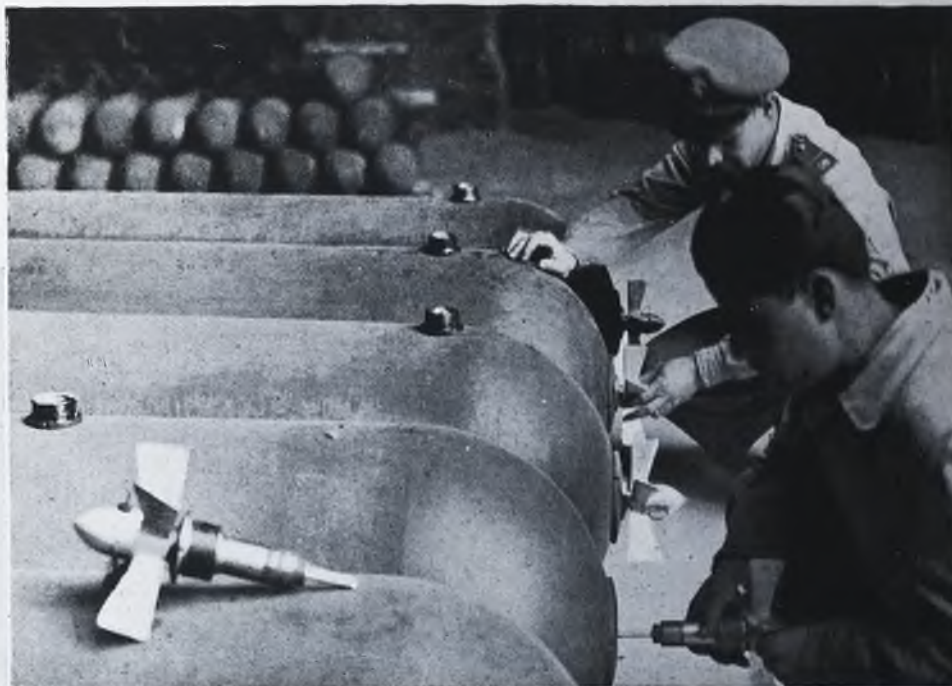


Lanchas rápidas "Mas", de la Marina de Guerra italiana, en crucero de vigilancia por el Mediterráneo

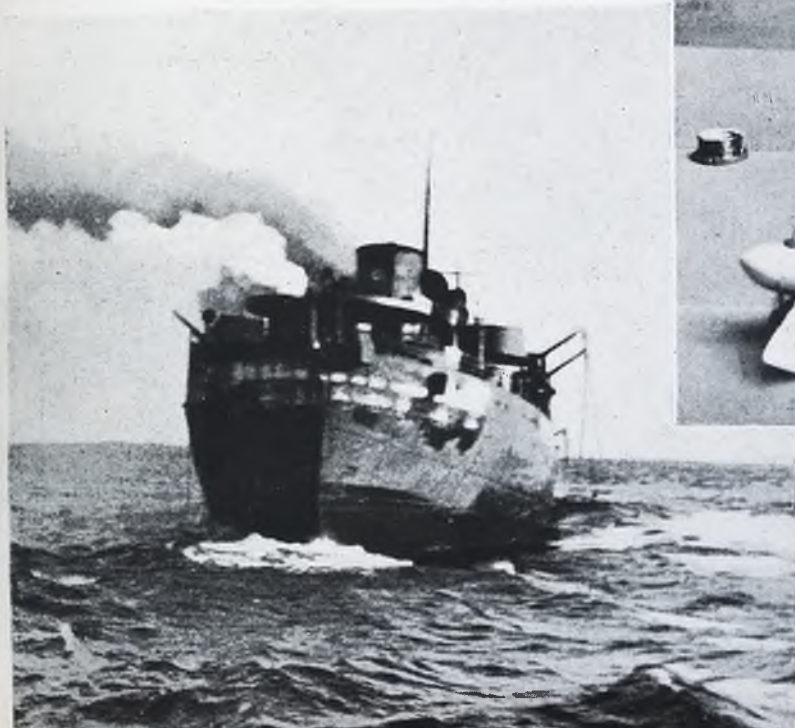


S. S. el Papa, en las calles de Roma, dando su Apostólica bendición al pueblo, después de uno de los últimos bombardeos

ITALIA



Puesta a punto de bombas de grueso calibre en una base aérea italiana



Un buque mercante aliado, torpedeado en el Mediterráneo por un sumergible italiano, se hunde lentamente

INGLATERRA

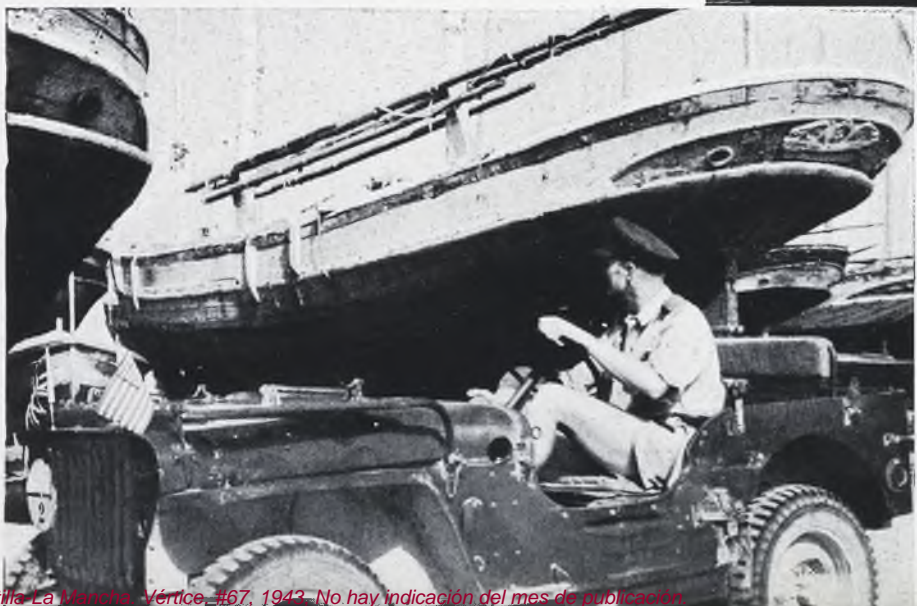


La Reina Isabel de Inglaterra inspeccionando a un batallón del famoso regimiento escocés "Black Watch"



Los generales Patton y Alexander, en un aeropuerto siciliano próximo al frente, estudian los futuros planes estratégicos

El coronel de la R. A. F., gobernador militar de la isla de Lampedusa, realiza una visita de inspección montado en su coche ligero



Lord Louis Mountbatten, que ha sido nombrado comandante en jefe del sudeste de Asia para las fuerzas aliadas, sentado junto a su esposa e hija en su residencia particular



A bordo de un buque británico, un marino examina con su catalejo a los barcos del convoy, mientras el oficial toma la posición del buque por medio del sextante



Tropas paracaidistas americanas esperan el momento de entrar en acción mientras el transporte aéreo las traslada hacia Sicilia

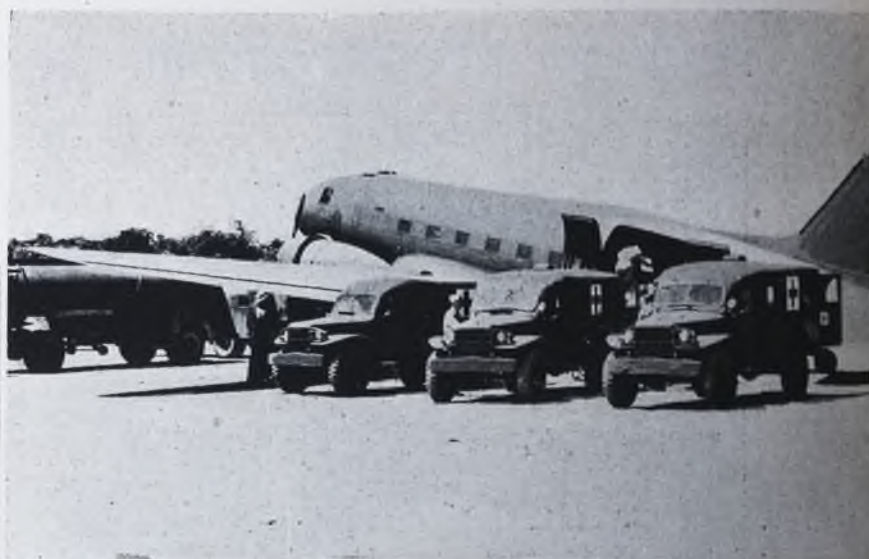
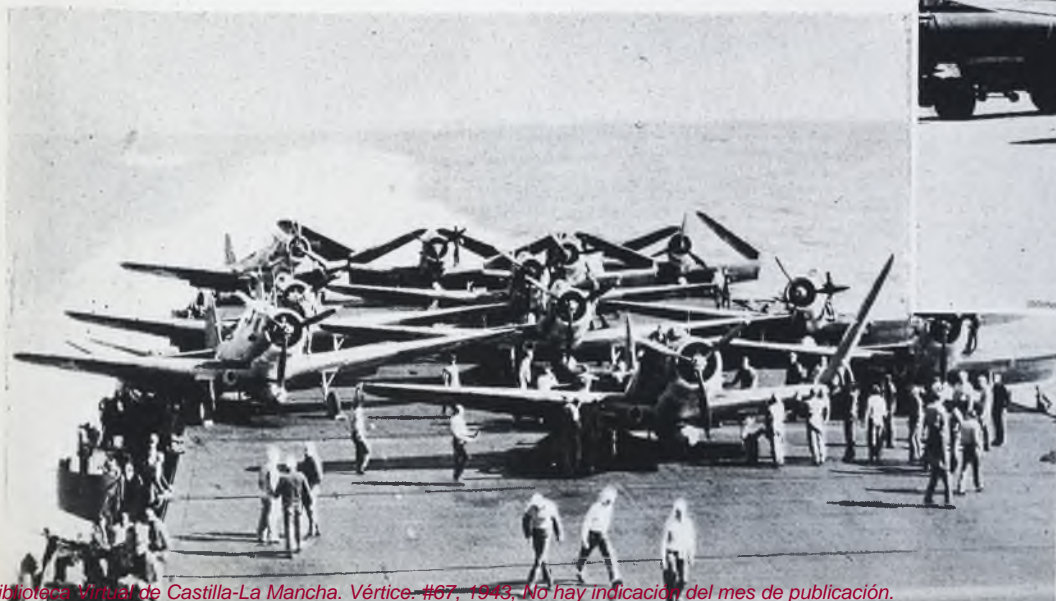


Conferencia de Quebec. De izquierda a derecha: Mr. Mackenzie King (primer ministro del Canadá), el Earl de Athlone (gobernador del Canadá), el Presidente Roosevelt y Mr. Churchill. fotografiados en la terraza de la Ciudadela. Al fondo: Chateau Frontenac



A bordo de un buque de guerra americano, los jefes aliados revistan las tropas momentos antes de participar en las operaciones contra Italia

ESTADOS UNIDOS



Combatientes heridos norteamericanos son trasladados a un campo de aterrizaje del sur del Pacífico, donde la Marina yanqui sostiene un centro de recreo de la flota

Una escuadrilla de bombarderos disponiéndose a despegar de la cubierta del portaaviones "Enterprise" durante la batalla de Midway. Este portaaviones ha merecido ser citado por el Presidente Roosevelt "por su sobresaliente actuación"

FRANCIA



El Mariscal Pétain, Jefe del Estado francés, saluda a los legionarios de Vichy después de una conmovedora ceremonia en que los ex combatientes de las dos guerras mundiales honraron a sus muertos



Antes al resurgir de su potencia humana, el Estado francés escausa a sus jóvenes, consciente de la importancia del físico vigor y su más diest o cultivo. Ejercicios en la Escuela de Briançon



En los jardines del Orfanato de Autenil se han reunido, con emocionante recogimiento, las familias de los prisioneros y de los liberados de Francia.



En el antiguo anfiteatro de Orange, y ante más de 20.000 espectadores, se han celebrado representaciones teatrales de "Tales" y "Francisco" a beneficio de los prisioneros franceses.



Ligados a sus compromisos internacionales por una palabra de honor, miles de prisioneros franceses llegan a su patria para pasar en familia sus vacaciones.

GRANDEZA POLITICA Y GUERRERA DE FERNAN GONZALEZ

(Viene de la página 11)

toridor. Tiene una idea clara, un plan definido; le persigue con tesón y para alcanzarle aprovecha con habilidad las circunstancias; apela a los medios violentos cuando los pacíficos fallan y permanece fiel a sí mismo tanto en la adversidad como en los días afortunados.

Una idea clara ha heredado de su padre, y considera como un deber suyo el hacerla triunfar. Quiere hacer una Castilla fuerte y dotada de la libertad de acción necesaria para luchar contra el invasor y desarrollar la vida pujante y original que en ella late. Castilla había nacido desde los comienzos del siglo IX en medio de la asonada continua y de la lucha contra el moro. En una mano la espada y la azada en la otra. Era necesario vivir en continuo servicio de vigilancia contra el saqueo, la agresión y la muerte. Así se formó en tres o cuatro generaciones una raza dura, rebelde, original, batalladora, que se jacta de sus libertades, de sus fueros, de sus exenciones. Este foramontano que vive en la tierra de los castillos tiene su vida propia, su habla especial, sus costumbres peculiares, sus leyes, sus cantos de guerra; y quiere tener también su gobierno propio, su libertad para organizarse, sus manos libres para luchar contra el moro, cuya enemiga se siente aquí más que en ninguna parte. Empieza creándose dos jueces a espaldas del rey de Asturias. Esta institución ilegal es reemplazada por un condado fronterizo, que toma repentinamente una fuerza temible. La política asturiana intenta conjurar el peligro desarticulizándolo, pulverizándolo; y se sigue la inquietud, la rebelión, la quema del Fuero Juzgo en una plaza de Burgos, la prisión de los condes en Carrión.

Y en esto aparece Fernán González encarnando en su vigorosa personalidad todos estos anhelos, preocupaciones e inquietudes, y defendiéndolos con los dos rasgos fundamentales de su fisonomía, habilidad política y sentimiento religioso, las dos fuerzas que, combinadas con un tesón indomable y un valor guerrero a toda prueba, van a dar a su vida un relieve gigantesco de grandeza y heroísmo. Primero es conde de Castilla (931); después, conde de toda Castilla (932); después, conde de Castilla y de Alava; y al fin se decide a ostentar el título que anuncia todo su programa creador: conde de Castilla por la gracia de Dios (935). De las palabras pasa a los hechos; hace pública su actitud revolucionaria: la revolución del hombre libre de la llanura frente a la oligarquía aristocrática del interior; acepta el rompimiento; sufre la prisión; parece perdido para siempre y vuelve a la escena más fuerte y poderoso, haciendo reyes, imponiendo condiciones, combatiendo a la vez victoriosamente contra Córdoba, León y Pamplona. Resiste a los halagos lo mismo que a los terrores; y al rey Sancho de León, que le ofrece plazas y territorios, le contesta altivo e irreductible, definiendo el sentido de su revolución renovadora:

*Villas y castillos tengo;
todos a mi mandar son;
dellos me dejó mi padre,
dellos me ganara yo;
los que me dejó mi padre
pobletos de ricos hombres;
los que yo me hube ganado
pobletos de labradores;
quien no habla más de un buey,
dábale otro que eran dos;
et que casaba su hija,
le daba yo rico don;
cada día que amanece,
por mí hacen oración;
no la hacían por el rey,
que no la merece, non;
él los puso muchos predios
y quitáraselo yo.*

El héroe en la Historia

Al fin se había realizado aquello por lo cual había trabajado y luchado y penado durante treinta años: «Que en Castilla otro no mande, sino yo que la amparaba». Fórmula al parecer de un egoísmo estrecho y mezquino, pero expresiva en reali-

dad del prodigioso ideal que inspiró aquella lucha, en la cual se presentó como la encarnación perfecta de un pueblo que debía nacer porque de él dependía la existencia de otros muchos pueblos. Aquel triunfo, personal en apariencia, era el triunfo de las más hondas esencias nacionales. Tal vez el héroe llevaba sangre gótica, pero lo godo se junta en él a lo más radicalmente español, y esto es lo que asegurará la grandeza y permanencia de su obra. Genuino representante del momento en que se agudiza el feudalismo por toda Europa, aparece como el hombre enérgico y excepcional que con el vigor de su puño y la amplitud de su ánimo sabe imponerse a los demás, interpretar su sentir y hacerse adorar de ellos. Pero, aunque movido más o menos conscientemente por las tendencias del mundo feudal, acierta a superar su propio particularismo, realizando sus hazañas en vista de una unidad superior y de una vida más noble y más digna. Y hace prevalecer una organización social que propugna la elevación de todos a una vida más alta y defiende la norma de una selección natural, maravillosamente realizada en la vida de frontera, por la cual el activo es preferido al inepto y el noble al vil. Por eso la Castilla por él creada creara a su vez por el mismo estilo la unidad española; y superando, como él, egoísmos miserables, continuará con empuje incontenible la obra de la Reconquista, inventará grandes empresas en servicio de las más altas ideas religiosas y morales, e invitará a los demás pueblos peninsulares a colaborar en un quehacer común de gigantescas proporciones.

LOS DIBUJOS ORIGINALES DE DURERO EN LA ALBERTINA DE VIENA

(Viene de la página 45)

na. Durero recibe del emperador una suma anual, y por ella ejecuta, entre otras, las pomposas ilustraciones de «La entrada triunfal», cuyos bocetos están asimismo en la Albertina, y de los sesenta y seis dibujos marginales del devocionario del emperador esboza cincuenta, llenos de fantasía y de buen humor.

Behaim, que estima mucho a Durero, hace de él, en 1507, la siguiente semblanza: «Es flaco; se hará rico por su genio pictórico; es un amante genial que codicia muchas mujeres, pero que se casará, sin embargo, una sola vez. También le gusta viajar.» Lo mismo opinaba, poco más o menos, el círculo de los amigos de Durero, en el que se hallaban representados netos elementos de todas las ramas del saber.

Poco se sabe acerca de los viajes de Durero, lo que no ha impedido que se escribiese bastante sobre ellos. Respecto al de Amberes, nos informa su propio diario, por el que nos es conocido que lo realizó en 1520-1521, en compañía de su mujer y de una triada de servicio, y que tuvo por objeto entablar relaciones con el emperador Carlos V, que había unido, no hacía mucho, el trono de Alemania a la corona de España. El maestro fué recibido en Amberes con grandes honores, y el cabildo municipal le ofreció un sueldo anual y le hizo donación de una casa para que viviese en ella. Durero rehusó la propuesta y una peste precipitó su partida de la ciudad.

De regreso de este viaje, Durero trajo consigo, entre otras obras, los dibujos que representan *Una vista de Amberes* y el retrato del nonagenario conocido por *El hombre de la barba flotante*. Cinco años antes de su partida hacia los Países Bajos el artista donó a su ciudad natal su último cuadro, el de *Los evangelistas*, que se conserva hoy en Múnich. El dibujo del apóstol en pie, ejecutado a lápiz blanco, se encuentra actualmente en Viena.

El maestro falleció el día 6 de abril de 1528. La época de Durero estaba cargada de problemas artísticos, pues en ella la nueva corriente del estilo renacentista pasa a reemplazar francamente a la del gótico. Pero Durero prosigue imperturbable el camino que él mismo se ha trazado y que constituye su suprema norma. Las piedras miliarias que lo jalonan representan los momentos en que intensifica la lucha por alcanzar la sencillez y la claridad, cuyo punto culminante y definitivo se encuentra, sin duda, en uno de sus últimos dibujos coloreados, de asunto botánico: el famosísimo de *La aguileña*, una de las obras que más contribuyen al legítimo orgullo de la colección Albertina.

EL HOMBRE DE CASTILLA

(Viene de la página 23)

do llegó al límite físico de ésta, con la expulsión de los árabes, se traslada a América en análogo plan, no hace falta el árbol y no hay por qué pedirlo al paisaje en que aquél encuadra su existencia. Importan formas de economía ligeras, también, movilizadas, riquezas trasladables que puedan seguir al hombre en sus azares. El paisaje, pues, no va a contar con la agricultura, sino con la ganadería, y todos los privilegios, por consiguiente, serán para la Mesta. En el tradicional conflicto entre esta poderosa organización y los labradores, desde el punto de vista de la vida castellana, toda la razón estará de parte de aquélla. La tierra es sitio de paso, con las armas o con los bienes, y lo necesario es no entorpecer esta función. Es representativo, a este respecto, el que los ganados de la Mesta no respetasen el cerramiento de los bienes inmuebles, desmedido desprecio a la propiedad fija, a pesar de la prohibición real, y sus pastores, como en otros países ganaderos, quemaban los árboles en invierno para obtener mejores pastos en primavera.

Cuando, en el siglo XVIII, adquirieran fuerza los arbritistas, objeto de sus más graves ataques será la Mesta. Ellos quieren cambiar la manera de vida de un pueblo que fué andariego en la de un pueblo sedentario, y transformar también, para ello, la tierra en que se asienta, de libre escenario de una trashumancia, en cerrado y bien cuidado objeto de cultivo. Y lo grave es que los bienes temporales de la riqueza y la civilización van ligados a esto último; pero los más nobles valores morales a lo primero. Los reformistas ilustrados del XVIII no acertaron a compaginar ambas cosas, y en ese acierto está el quid de nuestra gran historia.

L I B R O S

(Viene de la página 55)

tamentarios a sus sobrinos Juan de Garay y Diego Ortiz de Zárate y Mendieta, gobernador provisional de la Asunción.

Ya las cosas empiezan a marchar como sobre ruedas. Estos primeros pasos de la segunda fundación, su organización social y económica, su administración y fisonomía moral, todo a lo largo del siglo XVII, están descritos por Aunós con amorosa meticulosidad. El Buenos Aires del XVIII, la ascensión de la vida social en ese siglo y las primeras pugnas por su independencia, pasando luego a la lucha de Unitarios y Federales, hasta la consolidación de 1900, están narradas con pulso seguro de historiador.

Cierra la obra, extinguidos ya los ecos fusileros del 800, con un bello diálogo entre la ciudad y el puerto, diálogo permanente de progreso hasta llegar hasta su actual gracia fortaleza y encanto portuario.

Libro éste de Aunós que es letanía enamorada a la ciudad que supo acogerle hermanalmente cuando, como gran español, fué presidiendo una Delegación comercial a tierras del Plata.

DE LA CANCIÓN DE CASTILLA

(Viene de la página 39)

sulta imposible reconocer, determinar, a través de esas adherencias, su primitiva y auténtica raíz, su etimología. Pero hay otras, por el contrario, que conservan su pristina forma, su pura expresión.

Entre las canciones que hoy perduran puede asegurarse que no hay vestigios de tipo anterior al siglo XVII. Si se comparan los cancioneros anteriores a los siglos XV y XVI, se ve claramente cómo el ciclo de cultura y el estilo que representan es distinto.

El sentimiento cósmico del pueblo va cuajando a través de las diferentes épocas con su manera propia, merced a esos artistas anónimos que recogen la tradición y sintetizan la expresión de su alma convirtiendo en poesía viva todos los actos de la vida humana. Entre estas canciones hay verdaderos hallazgos, verdaderas sorpresas, tanto melódicas como rítmicas. Pero, ¡qué de resortes psicológicos, cuántas añagazas y persuasión son menester para arrancar algunas de estas canciones, perdidas en la memoria de los viejos, y hacerlas salir, estremecidas y temblorosas, de su garganta!

Desde la cuna a la muerte toda la vida del hombre está ilustrada de danzas y canciones. Y los sentimientos, desde los

más ingenuos a los francamente picarescos, así los dramáticos como los religiosos, están en ellas representados como en una viviente crónica.

Uno de los ritmos más típicos castellanos es el de algunas *entradillas* y algunos *corridos*, en que se combinan dos ritmos y en las que cada diez compases se interrumpe el ritmo ternario y aparece, coincidiendo con la parte fuerte, el binario. Desde el punto de vista melódico, el cancionero de Castilla ofrece ejemplos característicos admirables por el juego constante entre el modo mayor y menor, la vaguedad en la modulación y el sentido cadencial, contenido sobre todo en las canciones religiosas.

En el aspecto literario, vemos cómo perduran aún formas populares, como la de este canto de bodas de la provincia de Valladolid:

*De la buena parra
sale el buen racimo.
De buena familia
llevas el marido.*

*Este sí que se lleva la gala,
éste sí que se lleva la flor;
éste sí que se lleva la gala,
éste sí, que los demás no.*

De cuyo estribillo se hallan variantes en el auto *La Maya* y en dos mayas «a lo divino», de Lope:

*Esta novia se lleva la flor,
que las otras no.
Bendiga Dios el molino
que tales novias sustenta;
muela su harina sin cuenta
a costa de tal padrino.
Estas muelen de lo fino,
del trigo que muele Amor,
que las otras no...*

Junto al arte popular, las producciones sabias de los músicos del siglo XVI conservan las características esenciales, modales y rítmicas castellanas.

Y no sólo en las obras vocales, como «Romances» y «Villancicos», sino en las escritas para la vihuela, hay que buscar —tanto como en las canciones transmitidas por la tradición— los rasgos permanentes del espíritu creador, en los que las aspiraciones fundamentales del hombre de Castilla, en comunión con la tierra, se vacía en formas precisas, originales y bellas.

CASTILLA EN EL CINE

(Viene de la página 28)

nera, con natural prestancia, sin estridencia y oportunamente: cuando hay una causa y la ocurrencia lo merece.

Y si todo el cielo de España es una maravilla pictórica, una admirable inspiración fotogénica, en ninguna parte adquiere más serena belleza que en Castilla.

La vuelta al paisaje, a la verdad de la Naturaleza, con un empleo mínimo del decorado, que precisa el cine para recobrar su más puro encanto de autenticidad ambiental, tiene en esos parajes de nuestra Patria su ocasión.

Y escogido el paisaje, urdir un sucedido, real o imaginario, con unos personajes de exactas psicologías, es ya un menester de creación artística.

¿Y qué clase de películas desuellan mayor interés?

Todos los géneros, del cómico al dramático y del amablemente anecdótico al nítidamente histórico, son buenos, si se cumplen expertamente sus peculiaridades, si no se desvían de su camino.

Y puesto que la producción filmica española marcha ya por ambiciosas rutas de superación, sus impulsores y directores deben fijarse amorosamente—sin amor ni existe ni se puede realizar una gran obra artística—en Castilla, aprendérsela y conocerla bien en sus diversas facetas. Y con sus factores esenciales, verdad y sencillez, y la pujanza de unas intensas tramas, ensalzadoras del honor, la lealtad, el heroísmo, la abnegación y de cuanto «es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios», según el hondo y perdurable concepto de nuestro egregio don Pedro Calderón de la Barca, iniciar esa regeneración que reclama el cine de supeditar la técnica al contenido humano y a la realidad del paisaje y del ambiente.

Será un enaltecedor servicio más que Castilla ofrende a España.

Bilbao y su Feria de Muestras

Cuando dejamos atrás tierra castellana y nos vamos adentrando por tierras vascas, no pasa tan fácilmente inadvertido el cambio producido entre el paisaje austero y seco de Castilla por este otro pintoresco y eternamente verde de Vasconia, lo cual produce en nuestro ánimo viajero cierta alegría y optimismo. Es tal vez por un contraste que al vasco Unamuno le conquista Salamanca, como al andaluz Machado tierras de Soria y de Segovia.

Pero ya estamos en Bilbao, esta bella capital de Vizcaya rodeada por un macizo de montañas, entre cuyas estribaciones pierde la ciudad sus límites urbanos. De extremo a extremo, con graciosas ondulaciones, cruza a Bilbao el Nervión, que, naciendo en la peña de Orduña, corre cristalino por cauces aldeanos hasta la cuenca minera, donde se tñe en sus tierras, para, rojizo y civil, atravesar Bilbao, desembocando en el Abra después de haber recorrido otros doce kilómetros canalizados.

Esta arteria fluvial, que distribuye sus energías, deja a un lado al Bilbao viejo y tradicional, con sus siete calles, sus cuatro parroquias, su Plaza Nueva, el Mercado y su Arenal.

La ría de Bilbao tiene para mí añoranzas de juventud y amistad. En años estudiantiles y en nuestra alegre casa de huéspedes madrileña, el romántico Arturo Casanueva, asesinado por los rojos en su natal tierra de Santander, nos recitaba con emoción "La ría de Bilbao", de otro poeta paisano suyo: José del Río Sáinz. Desde entonces amaba yo sin conocerla la ría de Bilbao. Hoy, al cabo de tantos años, en su misma orilla, me parece también oír con doble emoción:

"La ría de Bilbao es una lanza
que Europa nos clavó en la costra dura
del litoral; al corazón alcanza,
mas en vez de matarnos, letra a letra
por ellas en avalancha de cultura
el pensamiento universal penetra.
Por el hondo rasgón y la ancha herida
la sangre a borbotones no se escapa;
antes bien, a esa herida va atraída
la fuerza misteriosa de la vida
desde todos los ámbitos del mapa.
Con el agua, ese espíritu se interna,
como un acero en la bruñida vaina,
en la dureza de la tierra eterna,
y forma la moderna
luminosa metrópoli bilbaina.

Grande ha sido la preocupación y actividad de la Corporación bilbaina desde la liberación de la villa para el desarrollo y resolución de todos los problemas pendientes y de aquellos que las necesidades, cada día más crecientes en las grandes urbes, plantean tanto para la comodidad como para el servicio de sus habitantes.

Y como sería prolijo enumerar sus varias e importantes obras realizadas, voy a limitarme a hacer referencia a esa Feria de Muestras, evocación de industrias que, entre nubes de humo y chispas de rojizo fuego, forjan—antiguas herrerías—el porvenir más sólido de la reconstrucción nacional, de esa reconstrucción que no sería posible de no existir el hierro y el carbón, que, actuando recíprocamente en el horno alto vizcaíno, proporcionan los materiales básicos para tan importante tarea.

El Municipio bilbaíno, que ha procurado seguir manteniendo siempre contacto tradicional con las actividades de su pueblo, recibió las sugerencias de la necesidad de que en Bilbao no solamente volviera a existir aquella Exposición de Industrias y Comercio del Instituto, sino que ésta pudiera adquirir un tono de más categoría, pudiéndose convertir en una verdadera Feria de Muestras, que con un carácter local inicial llegase a ser en el futuro la verdadera representación ante el mundo de las actividades industriales y comerciales de la nueva España de Franco.

El gran Certamen que se celebra en Bilbao no es sólo una faceta más de ese afán de contribución de lo mejor de su pueblo a la obra ingente del resurgimiento nacional. Es también, y sobre todo, cifra y compendio de lo ya conseguido en la esfera importantísima, básica, de la economía y de la industria. Vizcaya, ahora como siempre, revela su potencia creadora, las dotes de laboriosidad de sus hijos y, entre éstos, la estirpe admirable de sus ingenieros y sus técnicos, cuya sólida preparación especialista secunda a ese "espíritu de empresa" tan prodigamente esparcido en los hombres de Vasconia, muchos de los cuales pueden competir y aun en ocasiones superar a los capitanes de industria más destacados del Extranjero.

La prueba se halla a la vista de todos. La Feria de Muestras de Bilbao lo proclama con la suprema elocuencia de la realidad visible y tangible. Junto a los productos de la industria pesada, a los bloques y planchas enormes de hierro y acero que se emplean en la construcción de buques, locomotoras, puentes, etc., elaborados en las grandes fábricas, se exhiben toda clase de máquinas y herramientas de precisión para los más variados usos, artículos que antes era preciso importar del Extranjero y que ahora se fabrican en diversos talleres, algunos pequeños, pero activísimos, por toda la región, y a su lado, profusión de verdaderas filigranas y alardes de diversas manufacturas, que revelan que, además de las industrias relacionadas con el hierro y la mecánica, tienen amplio desarrollo todas las artes industriales en su más variada complejidad.

Esto supone dar por bien merecida aquella semblanza que de los vizcaínos hiciera Tirso de Molina: "Vizcaíno es el hierro que os encargo, corto en palabras, pero en obras largo."

El Ayuntamiento tiene nuevos proyectos, que con el tiempo serán realidades, hasta conseguir que un día lo que para Alemania es la Feria de Leipzig, sea para esta nueva España la Feria de Bilbao.



ROQUE SANZ

VIZCAYA

Y SU CAJA DE AHORROS VIZCAINA

Hace veintidós años que la Excm. Diputación fundó la CAJA DE AHORROS VIZCAINA, bajo la garantía de su protección y patrocinio.

Y es ese breve período de tiempo el que le ha bastado para cimentar y construir sólidamente un enorme prestigio popular y un gran crédito financiero, que ha traspasado ya los límites provinciales.

La causa de esta ascensión vertical se ha debido, sobre todo:

A la política de austeridad con que administra las economías vizcainas confiadas a su custodia, en la cuantía de 149 millones de pesetas.

A la psicología y prudente prosperación previsora, siempre latente en el pueblo vascongado; y

A la enorme popularidad que le ha granjeado su generosa actuación benéfico-social, tan sistemática y proverbial, que es eso lo que da cuerpo y personalidad definida a esta joven Institución de crédito.

Y todo ello con largueza en el dar, oportunidad en la elección y alegría contagiosa en el reparto del bien.



No pretendamos detallar todas las diversas y emocionantes facetas que reviste esta labor social de la CAJA DE AHORROS VIZCAINA.

Solamente enumeraremos las principales, las más cuajadas en el ánimo popular, las de un mayor radio de acción:

Construcción de viviendas baratas y campesinas, con 37 Cooperativas, que suman 3.257 viviendas sanas y económicas, que han venido a llenar una necesidad

apremiantísima en provincia industrialmente tan densa como Vizcaya, y en la que sus millares de obreros aspiran, en las más interminables, a poder vivir en una de las citadas viviendas.

Protección a los Municipios para la realización de obras de carácter y utilidad general. Han experimentado este bien 67 Municipios, de los 125 que conforma Vizcaya.



Fomento de la riqueza del campo y ganadería, con la celebración anual de diez y hasta once concursos ganaderos, con millares de cabezas de asistencia, concursos que llevan en intensa valoración alientos y estímulos y portías de mejora al espíritu e iniciativa del labrador vizcaíno para la selectividad y pureza de raza de ganado, sobre todo vacuno.

¿Y qué decir de la asistencia y utilidad que presta la CAJA DE AHORROS VIZCAINA a la clase pescadora de Vizcaya?

Los 5.000 «arrantzales» de bajura saben por experiencia de años que en sus momentos de necesidad y de colaboración, cuando el mar se obstina gemano y mareas en cerrar su vientre con maldición de esterilidad, tienen en la CAJA DE AHORROS VIZCAINA el apoyo que necesitan, la acogida cordial por la que suspiran y el remedio eficaz que les alegra.

En otro orden de cosas, las aportaciones de esta Institución a la Beneficencia provincial y municipal pasan anualmente de las 150.000 pesetas.

En todas las carreras del Estado cursan sus estudios alumnos aventajados, con becas pagadas por la

CAJA DE AHORROS VIZCAINA. Actualmente son 46 los becarios.

Y, sobre todo, creó y sostiene en el maravilloso marco del pueblo de Plencia, sobre las mismas aguas de las pleamares, un magnífico y modernísimo Sanatorio marino, que, con tarifas excepcionales, por lo modestas, para las clases obrera y empleada, viene poniendo salud y bienestar en centenares de organismos, que para su curación necesitaban precisamente eso: un Sanatorio con todos los adelantos modernos, pero al alcance de las fortunas más modestas, y en Vizcaya se ha venido a dar satisfacción a ese deseo unánime, gracias al venero inagotable de la generosidad de la CAJA DE AHORROS VIZCAINA.



Pero, recíprocamente, en ese fluir y refluir fecundo de la economía y bienestar vizcainos, con 31 millones de pesetas destinadas a labor benéfico-social por la CAJA DE AHORROS VIZCAINA, la acción de sus iniciativas llega a los rincones más apartados de la provincia y ha promovido el hecho de que Vizcaya entera haya correspondido a esta política generosa rodeando a esta joven Institución de una aureola de afecto, de colaboración y de un sólido e incommovible prestigio.

Una cifra elocuente:

Teniendo Vizcaya 490.000 habitantes, tienen cuenta en la CAJA DE AHORROS VIZCAINA 207.082, lo que significa que el 42 por 100 de los habitantes de la provincia son imponentes en la Institución.

Es ello, realmente, su mejor pregón de gloria y su satisfacción más cumplida.

ACEROS ESPECIALES

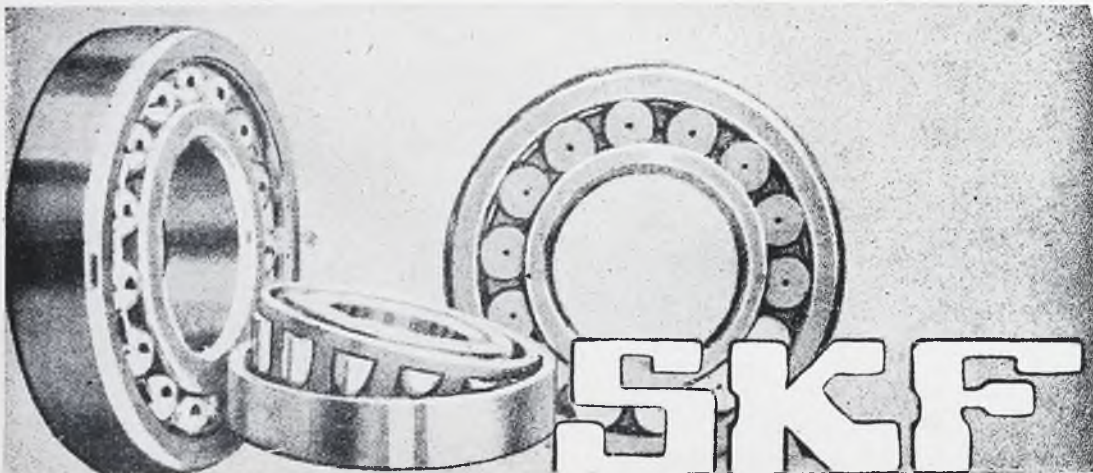
H E V A



FABRICACION NACIONAL

ACEROS EXTRARRAPIDOS Y RAPIDOS PARA HERRAMIENTAS
ACEROS DE CONSTRUCCION PARA AVIACION Y
AUTOMOVILISMO • ACERO HUECO, REDONDO
Y EXAGONAL PARA MINAS, ETCETERA, ETC.

S O C I E D A D A N O N I M A
' E C H E V A R R I A '
A P A R T A D O 4 6 B I L B A O



RODAMIENTOS A BOLAS SKF, S. A.

AVENIDA JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA, 644

BARCELONA

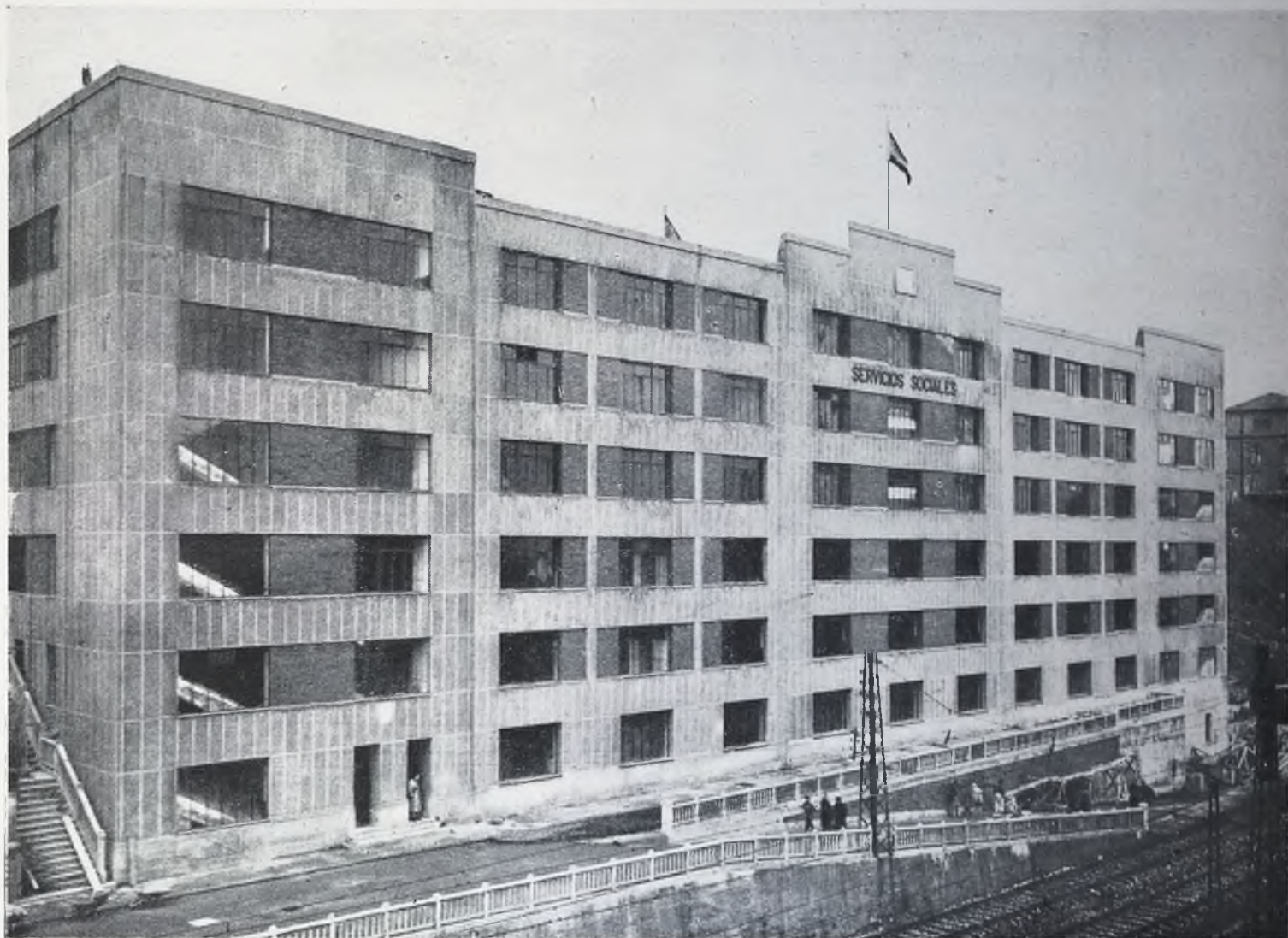
MADRID: PLAZA CANOVAS, 4

BILBAO: BERTENDONA, 4

VALENCIA: MARTINEZ GUBELIS, 10

SEVILLA: HERNANDO COLON, 6

RODAMIENTOS DE BOLAS Y DE RODILLOS



Fachada de la Fábrica

ALTOS HORNOS DE VIZCAYA, S. A.

F A B R I C A D E S E S T A O



ESCUELA DE APRENDICES

I N D U S T R I A S

R . A G U I R R E

E I B A R
(G U I P U Z C O A)

Con su herramental marca "EGO"
ha cubierto las necesidades del
mercado de Calefacción y Fontanería





DELEGACION NACIONAL DE PRENSA Y PROPAGANDA

DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.

ADMINISTRACION de SEMANARIOS y REVISTAS

AFRICA - ESCORIAL

FLECHAS Y PELAYOS

FOTOS - HAZ

J U V E N T U D

M A R A V I L L A S

MARCA - MAYO

M E D I N A

PRIMER PLANO

RADIO NACIONAL

SER - VERTICE - Y

TUBOS

de acero estirado sin soldadura



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCIONES

Babcock & Wilcox

Centrales Térmicas - Grúas y Transportadores - Construcciones Metálicas
Locomotoras y Automotores - Tubos de Acero estirado, soldados y fundidos **BILBAO**



xisten países famosos por sus bellezas naturales y hay regiones célebres por su riqueza y fertilidad. Pero no se conoce ningún rincón de la tierra donde el hombre permanezca protegido contra el dolor sea de la naturaleza que sea, a no ser que hallase el remedio capaz en todo momento de librarle del dolor con rapidez y seguridad. Este remedio altamente eficaz y desprovisto totalmente de acciones secundarias, está representado en nuestra patria por la

Cafiaspirina

Consulte con su médico

